

Hugo Blanco y el levantamiento campesino en la región del Cuzco (1961-1963)

Hernán Camarero*

* Hernán Camarero (Buenos Aires, 1966) es Doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires (UBA), Magister en Historia por la Universidad Torcuato Di Tella y Profesor en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Se desempeña como Investigador Independiente del CONICET y como Profesor Regular en la Universidad de Buenos Aires, en el área de historia argentina contemporánea. Ha publicado numerosos artículos y libros sobre la Argentina del siglo XX, en especial, acerca del movimiento obrero y la cultura política de la izquierda (sobre todo, acerca del socialismo, el comunismo y el trotskismo). Sus últimos libros fueron: *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2007) y, en coedición con Carlos M. Herrera, *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo* (Buenos Aires: Prometeo, 2005). Es director de la revista académica *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*. El presente artículo, reproducido con la autorización del autor, fue publicado en la revista *Pe-riferias. Revista de Ciencias Sociales* N° 8, segundo semestre 2000.

“En Chaupimayo nos convertimos en dueños de la tierra: Las parcelas cultivadas por los campesinos para sí y por cuyo arrendamiento estaban obligados a trabajar gratis para el patrón, quedaron como propiedad de los campesinos. Los cultivos y las casas del hacendado pasaron a ser propiedad colectiva del sindicato. Se inició el reparto de la tierra incultivada a todo el que quisiera cultivarla. Estas medidas se extendieron total o parcialmente a otros sindicatos y fueron formalizadas o impulsadas con la ‘Ley de Reforma Agraria’ que saqué desde la clandestinidad en mi calidad de ‘Secretario de Reforma Agraria de la Federación Departamental de Campesinos del Cuzco’. Nombramos formalmente jueces que sustituyeron a las autoridades burguesas (sus fallos eran apelables ante la Asamblea General). La policía iba muy rara vez, comunicando al sindicato con la debida anticipación: ‘Hay orden de captura contra X y X, vamos a ir tal día; conviene que ese día no estén en sus casas las referidas personas para evitarnos compromisos’. Cuando algún campesino no sindicalizado se quejaba contra alguien de Chaupimayo, en el puesto de la Guardia Civil del distrito le decían que fuera al sindicato en demanda de justicia, o que regresara al puesto con un pedido firmado por nuestro sindicato para atender el caso. Las escuelas las hacíamos nosotros, pagábamos a los maestros (puestos por nosotros y ratificados por los funcionarios de Educación). Las obras públicas estaban en manos del sindicato, quien determinaba su prioridad. Todo esto, por supuesto, respaldado por una embrionaria fuerza armada, la milicia campesina en desarrollo”

Hugo Blanco, *Tierra o muerte*

“En Perú, el ex-estudiante y gran dirigente campesino Hugo Blanco está amenazado de ser fusilado en estos días. Su crimen: haber sindicalizado por primera vez la región rural más miserable del país. Sindicalizados y educados, los campesinos habían emprendido la recuperación de sus tierras de manos de los propietarios terratenientes, que se las habían despojado desde la época de la colonia española, exigiendo también mejores condiciones de vida para los trabajadores agrícolas (...) Hugo Blanco no merece morir.”

Jean Paul Sartre hablando el 28 de noviembre de 1966 ante 6000 estudiantes convocados en el Palacio de la Mutualidad de París en un acto en solidaridad con el pueblo de Vietnam

Estas frases de Hugo Blanco, narrando parte de la experiencia ocurrida en la zona de Chaupimayo, y de Jean Paul Sartre solidarizándose con esa causa, son una muestra de la intensidad e impacto que alcanzó el proceso de levantamiento campesino en las sierras peruanas a comienzos de la década de 1960, que alcanzó su mayor expresión en los valles de La Convención y Lares, en el departamento del Cuzco. Ese proceso se había iniciado unos años antes, entre 1956–59, cuando comenzó a producirse una masiva sindicalización campesina, y desembocó en los años siguientes en un proceso de ocupación de tierras y alzamiento armado. Esta rebelión agraria, que fuera dirigida por Blanco, un militante trotskista formado en la Argentina, fue finalmente derrotada hacia mediados de 1963.

Existe una bibliografía relativamente extensa que se ha referido a este levantamiento campesino; sin embargo, son pocos los textos que lo han analizado de manera específica. Una de las excepciones más relevantes en este sentido es el estudio de Eric Hobsbawm consagrado al tema, que se suma a algunos otros aportes.¹ Si bien se ha avanzado en una indagación de las causas y el desarrollo de ese movimiento campesino, es todavía

1. Eric J. Hobsbawm: “Un movimiento campesino en el Perú”, en *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Barcelona, Ariel, 1974, pp. 274-297 (1ª ed. 1978). Es el propio historiador inglés el que alerta que “este movimiento campesino, persistente, fuerte y difundido, ha sido poco investigado aunque muy comentado.” (p.274) Otra bibliografía relevante en el tema es el análisis periodístico que sobre las luchas campesinas en Cuzco a comienzos de la década de los sesenta se hace en Hugo Neira: *Andes, tierra y muerte*. Madrid, Editorial ZYX, 1968, 1ª ed. 1964; y el libro del sociólogo norteamericano Wesley W. Craig: *El movimiento campesino en La Convención, Perú. La dinámica de una organización campesina*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1968. También importante es la obra de Howard Handeman: *Luchas campesinas en los Andes*. Lima, Cuadernos del Taller de Investigación Rural, Universidad Católica del Perú, 1980. Un recuento historiográfico secular del movimiento campesino peruano se realiza en Wilfredo Kapsoli: *Los movimientos campesinos en el Perú, 1879-1965*. Lima, Delva Editores, 1977.

escaso lo que se conoce acerca del verdadero papel que Hugo Blanco tuvo en ese proceso, a pesar de que en todos los textos que aluden a dicha rebelión se señala el liderazgo de este personaje.² Por ejemplo, en la más reciente colección de estudios acerca de la historia de América latina, la editada por Leslie Bethell, enuncia así la trascendencia de este dirigente: “Entre 1959 y 1963 Hugo Blanco, destacado trotskista, había movilizó a unos 300.000 campesinos en los valles de Lares y en la región de Cuzco, en Perú.”³ Sin embargo, frecuentemente no se avanza más allá de esta mera enunciación acerca de la participación clave de Blanco. Su figura sigue quedando en la penumbra. El objetivo que nos trazamos en este texto es, entonces, aportar a un conocimiento del rol que Blanco ejerció en los acontecimientos históricos aludidos. En nuestro relato nos serviremos de una fuente de gran importancia, que ha sido, curiosamente, poco explorada: el propio libro que Blanco escribiera en la cárcel años después de concluir la experiencia de la rebelión campesina, titulado *Tierra o muerte*.⁴

Este ensayo tiene como objetivo indagar en la manera como Blanco ejerció el liderazgo de esa movilización campesina. El

2. Los únicos textos en donde se aborda con especificidad a la figura de Blanco son: Víctor Villanueva: *Hugo Blanco y la rebelión campesina*, Lima, Juan Mejía Baca, 1967; Gonzalo Añi Castillo: *Historia secreta de las guerrillas*, Lima, Ediciones “Mas Allá”, 1967; y el ya citado de Neira.
3. Alan Angell: “La izquierda en América Latina desde c. 1920”, en Leslie Bethell (ed.): *Historia de América Latina* (vol. 12: “Política y sociedad desde 1930”). Barcelona, Crítica, 1997, p.106.
4. Hugo Blanco: *Tierra o Muerte. Las luchas campesinas en Perú*, México, Siglo XXI, 1972. Hemos consultado también la excelente edición en inglés de este libro, que cuenta, además, con fotos del levantamiento campesino y del proceso judicial seguido a Blanco tras su detención: *Land or Death. The peasant struggle in Peru*. New York, Pathfinder Press, 1972. Quizás sea buena aclarar aquí que Blanco tuvo una buena estimación por el estudio de Neira, pero muy mala del de Villanueva (ex mayor aprista del ejército peruano), de quien Blanco juzgó que era de los que “no comprenden la esencia del movimiento campesino.” (Blanco, *op. cit.*, p. 2).

texto aborda los siguientes problemas: a) el contexto económico, social y político en el que se desarrolló el levantamiento campesino cuzqueño; b) la formación política de Blanco, y las características de la corriente política a la que él pertenecía; c) la forma como Blanco estableció contacto con la problemática campesina del Cuzco; d) el modo como Blanco logró transformarse en el orientador de un masivo proceso de sindicalización campesina, ocupación de tierras y formación de organismos agrarios; e) el apoyo político con el que Blanco contó para realizar su experiencia de dirección de la lucha campesina; f) las causas y la forma en que se desarrolló la derrota de la rebelión y el apresamiento del propio Blanco. Tengamos en cuenta que prácticamente el único apoyo político externo que tuvo Blanco era el que provenía del movimiento trotskista, no sólo del existente en Perú sino especialmente del argentino, agrupado en la organización Palabra Obrera (que disponía de un correlato organizacional en Latinoamérica, el SLATO). Este aspecto político puntual apenas ha sido considerado hasta el momento en los estudios sobre el tema; sin embargo, como esperamos demostrar, la consideración de la participación del trotskismo en este proceso de insurgencia campesina es esencial para comprenderlo cabalmente. Debemos tener presente que Hugo Blanco se convirtió en el mayor dirigente de masas que tuvo el trotskismo en América latina.

Política, economía y sociedad en Perú a comienzos de los años '60

Perú, desde principios de la década de 1950, fue experimentando una serie de transformaciones en los planos económico-social y político. Con la instauración de la dictadura del

general Manuel A. Odría (1948–1956), apoyada por la élite y la diplomacia norteamericana, se produjo un cambio en ambos niveles: en el económico, se impulsó la restauración del modelo de crecimiento abierto, orientado a la exportación; en el político, se inició una era de inestabilidad, de gobierno dictatorial y de confusión electoral. Como sostienen Skidmore y Smith, “las contradicciones del sistema acabarían apareciendo con una claridad meridiana.”⁵ Se tomaron diversas medidas a favor de los plantadores azucareros: liberalización del tipo de cambio, levantamiento de las restricciones a la importación y fomento a la inversión extranjera en la minería y el petróleo. El gobierno de Odría trató de llevar a cabo un “sueño de desarrollo ortodoxo de los economistas”, que pugnó por implantar “un sistema orientado a la exportación en el que las dificultades cíclicas de la balanza de pagos se solventaban con la restricción de la demanda interna y la devaluación de la divisa, en el que la entrada de capital extranjero y la repatriación de beneficios apenas tenían restricciones y en el que la intervención y participación del gobierno se mantenían al mínimo.”⁶

Junto a estas medidas económicas, el régimen autocrático de Odría impulsó una política de recorte de las libertades civiles y de persecución de toda disidencia, en especial de los

5. Thomas E. Skidmore y Peter H. Smith: *Historia contemporánea de América Latina*. Barcelona, Crítica, 1996, p.230. Con respecto a la problemática económica, política y social del Perú de las décadas de 1950 y 1960, también se han consultado las siguientes obras: Carlos A. Astiz: *Pressure groups and power elites in peruvian politics*. Ithaca, New York, Cornell University Press, 1969; François Bourricaud: *Poder y sociedad en el Perú contemporáneo*. Buenos Aires, Sur, 1967; Fredrick B. Pike: *The modern history of Peru*. New York, Praeger, 1967.
6. Rosemary Thorp y Geoffrey Bertram: *Industrialización en una economía abierta: el caso del Perú en el periodo 1890-1940*. Serie Documentos de Trabajo N° 23. CI-SEPA, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1974.

seguidores del partido que contaba con mayor apoyo popular, la Alianza Popular Revolucionaria Americana. El APRA había sido fundado en 1924 por Víctor Raúl Haya de la Torre con pretensiones de partido continental y un programa “nacionalista burgués”, basado en planteos tales como la unidad latinoamericana, la industrialización y la reforma agraria.⁷ El partido había sido ilegalizado casi permanentemente por los regímenes oligárquicos y militares que se sucedieron en Perú. Ocurrió lo mismo en este período. El propio Haya de la Torre fue encarcelado, aunque luego consiguió escapar de la prisión y buscó refugio en la embajada colombiana, donde permaneció durante más de cinco años, en espera de un salvoconducto militar. Odría consolidó aún más su posición al ganar un plebiscito celebrado en 1950 (sin la presencia de la oposición), conformando un régimen que intentó emular el estilo y los modales del implantado por Juan Perón en Argentina: cortejó a las masas obreras (especialmente de la región costera); derrochó fondos en obras públicas ostentosas (sobre todo en Lima); y conformó un séquito de seguidores personalistas.⁸

El gobierno de Odría comenzó a debilitarse a partir de la crisis económica provocada por el descenso de los ingresos por exportación tras el fin de la guerra de Corea, cuando se produjo un aumento del desempleo, la inflación y el movimiento huelguístico. La oligarquía comenzó a distanciarse de los métodos personalistas y arbitrarios del odriísmo, presionando, entonces, para la convocatoria a elecciones libres en

7. Un exámen del APRA y de Haya de la Torre en Harry Kantor: *El movimiento aprista peruano*. Buenos Aires, Pleamar, 1964; Víctor R. Haya de la Torre: *El antiimperialismo y el APRA* [3ª edición]. Lima, Amauta, 1970; Felipe Cossio de Pomar: *Víctor Raúl, biografía de Haya de la Torre*, 2 tomos. México, Cultura, 1961 y 1969.

8. T.E. Skidmore y P.H. Smith: *op.cit.*, p.231.

1956. En ellas triunfó un banquero de la oligarquía, Manuel Prado Ugarteche (quién ya había gobernado anteriormente), que contaba con la aprobación del propio Odría y del Ejército. A esta altura, el APRA seguía conservando un fuerte apoyo popular pero había perdido buena parte de los rasgos que lo habían caracterizado como una fuerza no integrable al juego político dominante y aparecía como dispuesto a sumarse al sistema político tradicional. Bajo el gobierno de Prado se produjo la autorización del APRA y la liberación de Haya de la Torre. En esas elecciones se ubicó en segundo lugar la candidatura del Frente Nacional de la Juventud Democrática, del debutante Fernando Belaúnde Terry, un arquitecto formado en la Universidad de Texas y proveniente de una familia destacada, que comenzó a articular las esperanzas y frustraciones de los sectores medios cultos del país.

El gobierno de Prado significó un período de estabilización política. Se permitió la organización de sindicatos (que al término de su mandato ya agrupaban a 330.000 miembros)⁹ y la actuación libre del Partido Comunista peruano (PCP), que pudo ganar fuerte presencia en el mundo sindical y agrario. Los comunistas fueron los que fundaron en 1956 la Confederación Campesina del Perú, que quedaría bajo su control. En política económica, el gobierno de Prado, a través de su ministro en el área, el aristócrata Pedro Beltrán, continuó la orientación de Odría, poniendo énfasis en las exportaciones y las empresas extranjeras. A pesar de que se anunció un programa de “Techo y tierra” a favor de los campesinos, poco se hizo con él.

9. “El número de sindicatos reconocidos pasó de 493 en 1955 a 1093 en 1961...”. Denis Sulmont: *El movimiento obrero peruano (1890-1980)*. Lima, Tarea, 1985, p. 84.

En contrapartida con la estable situación política, desde la asunción de Prado se vivió un creciente conflicto social, especialmente en el medio rural: “Por la amplitud del ámbito que llegaron a abarcar, por su intensidad y por su impacto en la estructura agraria y en el sistema político nacional y regional, las luchas ocurridas en el período 1956–1964 son probablemente las más importantes dentro de la historia peruana contemporánea de las movilizaciones rurales [...] Fue en la serranía peruana, especialmente en la sierra central (departamentos de Junín y Pasco) y en la sierra sur (Cuzco) donde la movilización campesina fue más intensa y tuvo mayor impacto político..”¹⁰ El clima de agitación social se expresaba de diversas formas. En abril de 1958 la visita del vicepresidente norteamericano Richard Nixon produjo grandes movilizaciones populares. En Cuzco, la población casi se apoderó de la ciudad, rebasando por completo a las direcciones sindicales y políticas tradicionales. La represión fue muy dura pero no pudo evitar la continuidad de las manifestaciones. Además, a principios de 1960 estallaron varias huelgas, especialmente en la zona industrial costera. Fue también durante la administración de Prado cuando comenzó a desarrollarse el poderoso movimiento campesino que ocupó la tierra de los latifundistas en la zona serrana: “A comienzos de los sesenta la acción encabezada por Hugo Blanco conmovió, por diferentes razones, a la clase dominante y al ejército. ‘La Prensa’ desató una violenta campaña contra la ‘guerrilla’ comunista, procurando así que el ejército

10. Mariano Valderrama L.: “Historia política del movimiento campesino peruano en el siglo XX”, en Pablo González Casanova (coord.): *Historia política de los campesinos latinoamericanos* (vol.3). México, Siglo XXI, 1985, p.136-137

se abocara a la tarea represiva contra el campesinado y en general contra todo el movimiento popular en proceso de autonomizarse del APRA.”¹¹

Un elemento imprescindible a tener en cuenta es el proceso de izquierdización política que se fue operando, hacia comienzos de los años '60 (y que se profundizaría a lo largo de la década), en sectores del estudiantado y de la clase media en general. Esto ocurrió en toda Latinoamérica y también tuvo una expresión puntual en el caso peruano. Un acicate fundamental en este fenómeno de radicalización fue el impacto que ejerció la Revolución Cubana. Tengamos en cuenta la admiración general que venía despertando la gesta de los “barbudos” de la isla caribeña en toda la juventud del continente y consideremos la coyuntura que se vivió hacia principios de 1962. En ese momento Cuba fue expulsada de la OEA, al tiempo que Estados Unidos y la mayoría de los países latinoamericanos iniciaban un bloqueo económico en su contra. Con la Segunda Declaración de La Habana, Fidel Castro respondió anunciando su apoyo a las organizaciones que se decidiesen a enfrentar armas en mano a las “fuerzas proimperialistas” en cualquier país de la región. Simultáneamente, culminaba en la isla la “expropiación” de los bienes de la burguesía y del capital extranjero. La ayuda económica y militar de la URSS a Cuba se multiplicó, y entre setiembre y octubre se instalaron plataformas capaces de lanzar misiles nucleares contra EE.UU. Al descubrirse su presencia, Estados Unidos amenazó con iniciar una guerra atómica. Esta “crisis

11. Julio Cotler: “Perú, estado oligárquico y reformismo militar”, en Pablo González Casanova (coord.): *América Latina: Historia de medio siglo* (vol. 1: “América del Sur”). México, Siglo XXI, 1986, p.399.

de los misiles”, en octubre de 1962, se resolvió cuando Jrushchev –con la pública desautorización de Castro– aceptó negociar con Kennedy y retiró ese armamento del Caribe. Todos estos acontecimientos que agravaron las condiciones de la “guerra fría”, sacudieron a varias fuerzas de izquierda, que comenzaron a ser tentadas en ensayar la táctica “foquista” y la “guerra de guerrillas”. Por su parte, la independencia argentina, alcanzada en aquel mismo año, también incidió en la radicalización de grupos dentro de los partidos nacionalistas en todo el mundo, que tampoco dudaron en hacer uso de diversos métodos de lucha armada para alcanzar sus objetivos. Todo esto se evidenciaría en Perú, con la aparición de grupos armados de orientación “castrista”, que tendrán una vinculación con el proceso de levantamiento campesino que aquí analizamos. En el APRA se desprendió un sector, el “APRA Rebelde”, que poco después dio origen al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), encabezado por Luis de la Puente Uceda y Ricardo Napurí. Pero también golpeó fuertemente sobre el PCP, dando lugar a la formación del Ejército de Liberación Nacional (ELN), organizado, entre otros, por Héctor Béjar Rivera.¹²

Si nos detenemos ahora en los rasgos dominantes de la situación económico-social peruana en el momento en que estalló la rebelión campesina podemos señalar que desde 1950 se venía produciendo un cierto desarrollo industrial en el país (que se reflejó en una variación en la composición del PBN)

12. Una descripción del proceso de formación de las guerrillas peruanas de esta época en Héctor Béjar Rivera: *Perú 1965: apuntes sobre una experiencia guerrillera*. Montevideo, Editorial Sandino, Premio Casa de las Américas, 1969 y en Daniel Pereyra: *Del Moncada a Chiapas. Historia de la lucha armada en América Latina*, 2ª ed., Madrid, Los libros de la Catarata, 1995.

y un deterioro del crecimiento de la actividad agropecuaria que provocó un aumento de la migración del campo a la ciudad.¹³ Sin embargo, hacia 1962 el 60% de la población peruana todavía estaba formado por seis millones de campesinos y comuneros indígenas. Sus ingresos eran de un promedio de 3 dólares mensuales. En la otra punta de la pirámide social, quinientas personas representaban la oligarquía peruana, formada por grandes terratenientes y empresarios. Hacia comienzos de los años sesenta, en el Perú la tasa bruta de mortalidad superaba el 12%; la esperanza de vida apenas alcanza los 46 años; el analfabetismo afectaba a casi el 50% de la población peruana, pero llegaba al 80% en el sector rural del Cuzco. El déficit alimentario en este último llegaba al 61% de las calorías necesarias y al 92,8% de las proteínas requeridas para vivir.¹⁴

Es importante tener en cuenta que Perú estuvo históricamente dividido en tres regiones, con enormes desigualdades entre sí: la costa —el sector relativamente más próspero y desarrollado—; la sierra —principalmente campesina—, y la selva —con escaso poblamiento—. Las disparidades entre estas regiones, en particular entre la costa predominantemente urbana

13. Como sostiene Aníbal Quijano Obregón: desde la década de 1950, “la industria fabril pasó a ocupar el primer lugar que antes correspondía a las actividades agropecuarias, y cada una de las tasas de crecimiento anual promedio de la industria y de la minería eran el doble de la que mostraba la agropecuaria.”, en A. Quijano Obregón: *Nacionalismo, neoimperialismo y militarismo en el Perú*. Buenos Aires, Ediciones periferia, 1971, p.42-43. La problemática de las migraciones internas está bien tratado en Henry F. Dobyns y Mario C. Vazquez (eds): *Migración e integración en el Perú*. Lima, Estudios Andinos, 1963.

14. Datos estadísticos extraídos de Carlos Malpica: *Crónica del hambre en el Perú*. Lima, Francisco Moncloa editores, 1966, pp. 260 y 265; y de Augusto y Sebastián Salazar Bondy, Virgilio Roel Pineda y José Matos Mar: *La encrucijada del Perú*. Montevideo, Arca, 1963.

y “criolla”, y la sierra, rural e indígena, presentaban la imagen de varios países dentro de un mismo Estado. Un país heterogéneo pero unificado en torno a un rasgo común: la extrema pobreza, que se hacía sentir especialmente en la región serrana. Para fines de los años setenta se podía afirmar: “El Perú es uno de los países con peor distribución del ingreso en el mundo. Un estudio de Paukert, basado en una muestra de 56 países, lo sitúa entre los cuatro de peor distribución (junto con Gabón, Colombia e Irak). Influyen en esta situación decisivamente, sin duda, los bajísimos ingresos de los campesinos pobres andinos, aproximadamente un 25% de las familias del país, cuyo ingreso promedio per cápita se mantiene alrededor de los 50 dólares/año desde hace un par de décadas. Esto coloca la mayor parte de las áreas rurales andinas a nivel semejante al de las más pobres de Asia y Africa.”¹⁵ La rebelión campesina dirigida por Hugo Blanco, tendrá su epicentro en la región serrana (con cierta proximidad a la zona selvática). Es conveniente, entonces, profundizar en la radiografía social del campesinado andino.

El campesinado de la sierra peruana

La mayor parte de la población rural de la sierra peruana era indígena, hablaba quechua y vivía sometida a condiciones de explotación que entraban dentro de una producción capitalista atrasada, aunque remedaban viejas formas feudales. El sistema de tenencia de la tierra era muy variado y singular. La concentración de la propiedad era una de las más altas de

15. José María Caballero: *Agricultura, reforma agraria y pobreza campesina*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1980, p. 139.

América: el 1% de las unidades agrarias ocupaba el 75% de la superficie total disponible, y el 0,35% de los propietarios era dueño del 60% de las tierras.¹⁶ Por otra parte, algunas de las haciendas más grandes eran de capitales norteamericanos. Un documentado estudio estadístico y sociológico afirma acerca del perfil social de la sierra peruana: “El sistema de tenencia más importante de la región es, sin duda, el latifundio tradicional, que se ha calificado de complejo hacienda–minifundio. Le sigue en rango el latifundio transicional y no existe realmente el latifundio comercial moderno [...] Lo que el latifundio tradicional de la sierra peruana significa desde el punto de vista sociológico, requiere de una idea más precisa de la que generalmente se tiene. Frecuentemente se hacen referencias a él como de una institución feudal de caracteres clásicos [...] pero esto no es así [...] En la sierra, la hacienda tradicional aparece y se desenvuelve sin señor. El dueño muy raramente vive allí; llega al predio sólo para recoger la cosecha, el producto de cuya venta invertirá lejos. Sin inversión adecuada de capitales, la base de sustentación económica de esta hacienda, ancestral y primitiva en sus métodos, es el feudatario indígena, arraigado tenazmente al usufructo de una pequeña parcela de tierra, que se le permite cultivar en pago de innúmeras horas de labor en beneficio del patrón.”¹⁷

16. El examen de la gran propiedad está bien tratado en Henri Favre, Claude Collin-Delavaud y José Matos Mar: *La hacienda en el Perú*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1967. Para el problema de la propiedad de la tierra y la estructura social en el campo peruano, nos remitimos también al siempre clásico texto de José Carlos Mariategui: *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* [13ª edición]. Lima, Biblioteca Amauta, 1968.

17. Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola (CIDA) -formado por FAO, OEA, BID, CEPAL y IICA-: *Tenencia de la tierra y desarrollo socio-económico del sector agrícola: Perú*. Washington, Unión Panamericana, Secretaría General de la OEA, 1966, p.111.

El 92% de la población campesina estaba formado por *comuneros* —es decir, miembros de comunidades indígenas o *ayllus*, cuyas tierras eran de explotación comunal—. Se trataba de unos tres millones de personas, casi todas ellas obligadas, por falta de tierra, a trabajar adicionalmente para un *gamonal* o hacendado terrateniente. La relación entre el campesino y el *gamonal* estaba estructurada en una serie de estamentos. El *arrendire*, contratante directo con el hacendado, obtenía el derecho a cultivar una parcela de la hacienda, a cambio de trabajar gratis los campos del *gamonal* (a veces hasta 25 días al mes). En haciendas grandes, algunos *arrendires* subcontrataban a *allegados*, y éstos, a su vez, a *habilitados* o *manipuras*, en relaciones similares a las existentes entre el *arrendire* y el *gamonal*. Por otra parte, existían también “peones libres”, formalmente asalariados rurales que vivían en las haciendas, sin tierra ni vivienda propias, que trabajaban por pagas miserables. Para éstos era normal la prestación de servicios personales no remunerados —llamados *pongaje* en los hombres y *mitani* en las mujeres—, consistentes en la realización de trabajos domésticos, de manera obligatoria y por simple decisión del *gamonal*. Los abusos cometidos por los terratenientes abarcaban penas corporales, torturas, muertes, explotación sexual de la campesina, entre otros.

El campesino carecía de todo derecho en sus relaciones con el *gamonal* y con el poder político. Recordemos que los derechos de los *ayllus* a sus tierras habían sido conculcados desde la independencia del Perú en 1822, y las periódicas revueltas campesinas habían sido aplastadas a lo largo de casi un siglo y medio. El campesino, mayoritariamente indígena y analfabeto, carecía de derechos políticos, incluso el del voto, ya que éste estaba limitado a quienes supieran leer y escribir. Además,

como señalaba Hugo Blanco, “el ‘indio’ es una nacionalidad oprimida. Aunque el muro que lo separa del mestizo y del blanco no es tan sólido como en el caso de los Estados Unidos, la humillación, el aplastamiento de que es víctima son mayores. Su lengua, su música, su indumentaria, sus gustos, sus costumbres, son escarnecidos, aplastados, denigrados [...] Indudablemente, la lucha en el campo es del campesino contra el gamonal; pero la reivindicación de lo indio, de la nacionalidad oprimida, es un ingrediente fundamental. Por eso, nosotros, siempre hemos hablado en quechua a lo largo de la lucha, siempre hemos exaltado lo indio.”¹⁸

Sobre este “medio social” comenzó a actuar Hugo Blanco cuando llegó, a fines de los años ’50, al valle de La Convención, sobre el río Urubamba (también denominado como Vilcanota o Willkamayu). Pero, ¿quién era Hugo Blanco? ¿Cómo fue su relación con el trotskismo?

Hugo Blanco y el trotskismo en el Cuzco

Hugo Blanco Galdoz nació en Cuzco en 1934, hijo de un abogado defensor de campesinos (que llegó a ser Vocal de la Corte) y de una madre de origen rural.¹⁹ Durante su adolescencia, en el bufete de su padre, había conocido las demandas y miserias de los sectores agrarios, y había aprendido a hablar quechua mientras escuchaba a viejos dirigentes de los alzamientos indígenas contar sus historias de lucha. En 1954, tal

18. Hugo Blanco: *op. cit.*, p.13-17.

19. Una gran parte de los datos de la vida de Hugo Blanco han sido reconstruidos a partir de una lectura crítica de los textos de Villanueva (*Hugo Blanco...*, *op. cit.*) y Añi Castillo, a pesar de que ambos textos tengan varios errores fácticos y debilidades interpretativas.

como era costumbre en muchos jóvenes peruanos de la época, Blanco fue enviado por su familia a estudiar a la Argentina. Lo hizo en la Facultad de Agronomía de la Universidad de La Plata, que abandonó poco antes de concluir sus estudios. Blanco se relacionó con la numerosa colonia de universitarios peruanos residentes en dicha ciudad, vinculándose a politizados ateneos en donde confluían todas las corrientes ideológicas, especialmente, del desterrado aprismo. Si bien su padre podía financiar sus estudios, Blanco prefirió ganar sus propios ingresos y conocer la experiencia de vivir como obrero: ingresó como jornalero en los frigoríficos Armour y Swift de Berisso, vinculándose al gremio de la carne; allí fue cuando aprendió los rudimentos de la actividad político-sindical.

El joven peruano se relacionó entonces con una de las tendencias del trotskismo vernáculo que tenía cierta gravitación en los medios sindicales y estudiantiles platenses: la orientada por el dirigente Nahuel Moreno.²⁰ Esa corriente venía actuando en el país desde 1943, cuando fundó un pequeño núcleo político denominado Grupo Obrero Marxista (GOM), que en 1948 adoptó el nombre de Partido Obrero Revolucionario. En 1954 el POR ingresó en el Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN), controlando su Federación Bonaerense. El PSRN fue una experiencia de reagrupamiento de diversos grupos socialistas y trotskistas que tuvieron una política de acercamiento a los obreros peronistas y de denuncia del inminente golpe militar contra el gobierno de Perón. Tras el triunfo de la Revolución Libertadora y el inicio de la resistencia obrera a dicho proceso, el PSRN fue ilegalizado. El

20. La reconstrucción de la historia de esta corriente fue hecha a partir de Ernesto González (coord.): *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*. (4 vols.) Buenos Aires, Antídoto, 1995, 1996 y 1999..

grupo de Moreno, que había establecido fuertes vínculos con sectores de trabajadores peronistas, finalmente constituyó, en julio de 1957, la organización Palabra Obrera (que en 1965 se uniría al FRIP de los hermanos Santucho para constituir el Partido Revolucionario de los Trabajadores). Blanco se incorporó a Palabra Obrera en el mismo año de su fundación, comenzando a militar en la región platense.

En 1958 el ahora militante trotskista Hugo Blanco volvió al Perú. Allí se incorporó a la corriente hermana del partido de Moreno, que era bastante más débil, tanto numérica y organizativamente, en comparación al partido argentino. Los nombres que señalan la evolución del trotskismo peruano son muy parecidos al caso anterior: en 1946 se había creado el Grupo Obrero Marxista (GOM), que luego se constituyó en Partido Obrero Revolucionario (POR). La etapa fundacional del trotskismo peruano se cerró en 1952 cuando la violenta represión del régimen militar de Odría terminó con el exilio y la cárcel para la mayor parte de los dirigentes trotskistas. En 1956, al finalizar la dictadura, el trotskismo emergió dividido en dos corrientes. Una de ellas, dirigida por Ismael Frías, actuaba en los marcos del denominado Secretariado Internacional de la Cuarta Internacional (organización mundial encabezada por el griego Michel Raptis, y por el argentino Jorge Posadas a nivel latinoamericano). La otra, que mantuvo el nombre de POR y cuyos dirigentes más reconocidos eran Hernando Aguirre Gamio y Félix Zevallos, aparecía fuertemente influida por las posiciones de Nahuel Moreno y el POR argentino. Del acuerdo entre los POR de Argentina, Perú y Chile, más el aporte de núcleos de otros países, se constituyó el SLATO (Secretariado Latinoamericano del Trotskismo Ortodoxo), que actuaba con

política propia en el seno de la Cuarta Internacional. El POR peruano, no obstante su cierta influencia en el ámbito sindical, era un pequeño grupo que no superaba la veintena de dirigentes, repartidos entre Lima y Arequipa, las dos principales ciudades del país. Sin embargo, como veremos, ese partido adquirirá cierto peso en el movimiento popular peruano, a partir de la actividad iniciada por Hugo Blanco en los valles cuzqueños.

Al comienzo, Blanco se incorporó al POR en Lima, volviendo a emplearse en una fábrica; pero permaneció poco tiempo en la capital peruana. Fue allí cuando decidió instalarse en el Cuzco. Años después, el protagonista recordaba así esas circunstancias: “En honor a la verdad, tenemos que reconocer que el inicio de nuestro trabajo campesino no se debió a una muy clara visión política previa de la importancia del campesinado en nuestro país; sino, en gran parte, a la presión de las circunstancias. Además, los aportes teóricos del camarada Nahuel Moreno, en especial, nos ayudaron mucho a tomar conciencia de esa importancia. La visita de Richard Nixon a Lima en 1958, provocó manifestaciones populares de repudio en una magnitud tal, que tomó por sorpresa a las fuerzas represivas. Estas reaccionaron después de los acontecimientos lanzándose con fuerza contra los grupos revolucionarios; el POR, que fue uno de los principales impulsores de la movilización, fue también uno de los que más sufrió la represión. Con el objeto de evitar mi captura se dispuso que saliera de la fábrica en que trabajaba [...] Luego, teniendo en cuenta la gran combatividad que estaba desplegando el pueblo cuzqueño (quien rebasando a sus direcciones se apoderó casi completamente de la ciudad en abril del 58) y otros factores, el partido dispuso que me trasladara a

esa ciudad. Era yo el más indicado por ser natural de ese departamento, y estar fuera de fábrica.”²¹

Blanco señalaba que, en estos primeros tiempos, además de su escasez numérica, el POR peruano distaba de ser un partido sólido no sólo en cuanto a su fuerza numérica sino también con respecto a su claridad programática. El POR no se veía la importancia que tenía la actividad en el medio campesino y durante mucho tiempo esta tarea en el Cuzco recayó en un sólo militante partidario, casi totalmente desligado del resto de la organización.²² En la ciudad serrana, Blanco comenzó trabajando en la venta callejera de diarios. Dada su experiencia político-sindical aprendida en la Argentina, el joven rápidamente se destacó en la organización del Sindicato Único de Vendedores de Periódicos. Como representante de este gremio se incorporó a la Federación de Trabajadores del Cuzco. La FTC estaba orientada por los comunistas, que siempre tuvieron en esa ciudad andina su mayor poder.²³ Así recordaba Blanco sus primeras acciones: “Dentro de la FTC me encontré con una realidad que no esperábamos: era una organización fundamentalmente artesanal, con minoría de representación obrera. Además, el ala radical no estaba constituida

21. Hugo Blanco: *op. cit.*, p.7. Un ejemplo de la dimensión que alcanzó la movilización contra Nixon lo da el hecho de que el comandante de la guarnición militar del Cuzco fue “capturado” por la población. El Partido Comunista peruano acusó a “trotskistas encubiertos” de ser los responsables de los hechos. Esto se puede comprobar en *Unidad*, órgano del PCP, 16 de abril de 1958. Citado por Ismael Frías, *La revolución peruana*, Lima, Ediciones POR(T), 1963.

22. Blanco: *op. cit.*, p.25.

23. Hobsbawm (en *op. cit.*, p. 283) se encarga de destacar la enorme influencia que tenía el comunismo en el Cuzco, mucho más grande que la del aprismo. Su hegemonía dentro del movimiento obrero era casi total y su presencia organizacional entre el campesinado también era importante. Contra ésta tendrá que lidiar Hugo Blanco.

por las delegaciones obreras, sino por los delegados campesinos. Fue entonces que inicié mi militancia campesina, pues aunque los militantes del POR teníamos un criterio desproporcionadamente ‘obrerista’ para el Perú, como marxistas practicábamos el método de ver la realidad y asimilar sus enseñanzas, y de actuar allí por donde pasa la corriente revolucionaria.”²⁴

Hacia mediados de 1959 se produjeron en el Cuzco importantes manifestaciones en repudio al alza del precio de los combustibles. El POR participó activamente del proceso. Hugo Blanco encabezó uno de los “piquetes” organizados por ese partido, y en los enfrentamientos con la policía fue identificado como el responsable de atacar una patrulla policial. A raíz de esta actividad fue encerrado en la Cárcel Central del Cuzco. En la cárcel Blanco se relacionó con varios dirigentes de sindicatos campesinos, entre los que se destacaba Andrés González, quien, a partir de la prédica de aquél, también se incorporó al POR. En esta primera experiencia con los dirigentes agrarios, Hugo Blanco rápidamente coincidió en torno a las críticas que éstos tenían hacia la FTC dirigida por los comunistas, tanto por los “métodos burocráticos” como por la “orientación reformista” que ese partido habría empleado en la dirección de esa federación.

Después de más de dos meses de prisión, Blanco, con el apoyo de algunos de los dirigentes rurales, se lanzó a una huelga de hambre, durante ocho días, exigiendo su libertad. Como recordaba Blanco: “El campesinado revolucionario, ayudado por otros sectores, presionó de tal forma a la FTC que ésta se vio obligada a amenazar con un paro exigiendo mi libertad, con lo que se la obtuvo.”²⁵ Efectivamente, el PCP, que

24. Blanco: *op. cit.*, p.7.

25. *Idem*, p.8.

orientaba dicha federación, se vió forzado a encabezar la exigencia de la libertad de Blanco, dado que varios sindicatos campesinos comenzaron a presionar en ese sentido. La detención y la huelga de hambre transformaron a Hugo Blanco en una “figura pública” en el Cuzco, por ser el único dirigente de la FTC que había quedado detenido por los incidentes que antes aludíamos. Tras salir de prisión, Blanco fue nombrado delegado de algunos sindicatos campesinos ante la FTC. Pero los comunistas, que ya para esta época acusaban a Blanco alternativa o sucesivamente de ser “agente del FBI, provocador, aventurero o niño bien metido a campesino”²⁶, impugnaron ese nombramiento: “Esta burocracia rechazó rotundamente el nombramiento de mi persona como delegado del sindicato ante la FTC y prácticamente me echó de la Federación. Además bloqueó con todas sus fuerzas mi participación directa en la organización de la Federación Provincial de Campesinos de La Convención, en el Congreso de fundación de ésta y en sus asambleas.”²⁷ A partir de allí se iniciaría la larga disputa entre los comunistas y los trotskistas de Blanco por la representación sindical de los campesinos cuzqueños. Blanco creyó que la mejor manera de ganar esa representación era transformarse en campesino e ir a vivir entre ellos (así como antes había decidido vivir como obrero). Hacia comienzos de 1960 ya se había instalado en el valle de La Convención.

En La Convención y Lares: centro de los acontecimientos

Conviene detenerse en las características específicas de La Convención pues fue (junto a Lares) el teatro de la rebelión

26. Añi Castillo: *op. cit.*, p.49.

27. Blanco: *op.cit.*, p.8.

campesina que se inicia entonces. La Convención es una provincia fronteriza del departamento del Cuzco, mientras que Lares es un distrito de la provincia de Calca, también perteneciente a ese departamento. La Convención ocupa unos 45.000 km² de colinas y selva subtropicales y tropicales a 1.250 metros de altura; está separada del resto de la región cuzqueña por montañas y pasos estrechos, y cruzada por aguas rápidas. Esta zona había estado siempre casi deshabitada (sólo había cuatro comunidades indígenas de las 217 legalmente reconocidas en el departamento del Cuzco) hasta que a partir de la década de 1930 se erradicó la malaria y se construyó un ferrocarril (de Cuzco a Santa Ana): La zona se abrió así a una más amplia economía de mercado y la población aumentó, aunque siguió manteniéndose en niveles aún muy bajos. Pero el alto grado de incomunicación en el que se encontraba este territorio en la época del levantamiento de Blanco está expresado por el hecho que la capital de esa zona, Quillabamba, se hallaba a varias horas del ferrocarril en autobús o en camión, por carreteras muy precarias. Es importante tener en cuenta estas características pues puede ayudar a explicar, quizás, el aislamiento que tendrá el alzamiento campesino.

En La Convención, la tierra se dividía entre tierras públicas sin laborar y propiedades de las grandes haciendas (había 174 de ellas). Estas últimas eran cultivadas en parte por *arrendires* (terrazgueros) que recibían parcelas en las laderas de las montañas para cultivar sus alimentos a cambio de un número fijo de días de trabajo y cuyo acceso al mercado se hacía por medio de los terratenientes. Desde los años '40 los hacendados fueron respondiendo a la gran demanda de café y té en el mercado internacional fomentando su cultivo en la mejor tierra,

que era precisamente la de las laderas de las montañas. En muchos casos, los hacendados presionaron para cancelar las concesiones a los *arrendires* y asumir directamente el cultivo con peones asalariados. Al cabo de un tiempo los *arrendires* descubrieron que podían aumentar su producción de café en terrenos desocupados y venderlo directamente a los intermediarios. Así, pues, empezaron a negarse a prestar servicios laborales en las tierras llanas, donde se cultivaban productos menos rentables (caña de azúcar, cacao, coca). Como se ha apuntado: “La población de los valles se multiplicó por dos entre 1940 y 1960 (de 30.000 a más de 60.000 personas, de las cuales unas 10.000 eran terrazgueros), debido a la llegada de inmigrantes a los que atraía la posibilidad de ganar dinero con la expansión del mercado agrícola.”²⁸

En ese contexto cobró mucha importancia la categoría social de los *allegados* (unos 12.000), inmigrantes llegados recientemente, que trabajaban para los *arrendires* en las temporadas de plantación-recolección y recibían de ellos pequeñas parcelas para la agricultura de subsistencia. Según Craig: “menos de una tercera parte de los campesinos que vivían en La Convención en 1965 eran oriundos de dicha provincia. Las dos terceras partes provenían de las provincias de Urubamba, Caloa, Anta, Acomayo y Apurímac, contiguas a La Convención.”²⁹ Estos “pioneros”, tal como plantea Hobsbawm, habían arribado a la zona atraídos “tanto por las nuevas posibilidades económicas como por las esperanzas de una mayor libertad en un territorio grande y virgen, pero se hallaron con una tierra ya parcelada, repartida entre un puñado de

28. Guillermo de la Peña: “Las movilizaciones rurales en América Latina desde c. 1920”, en L. Bethell (ed.): *op. cit.*, p.237.

29. W. Craig: *op. cit.*, p.9.

latifundios singularmente arcaicos y dilatados. La Convención es un país nuevo, y casi, en el sentido norteamericano, un territorio fronterizo.”³⁰ Por debajo de éstos se hallaban los antes mencionados *habilitados* o peones.

Una vez establecido en La Convención, Hugo Blanco subarrendó un pequeño terreno en carácter de *allegado* dentro la parcela que su amigo y camarada Andrés González arrendaba a un impopular terrateniente, Alfredo de Romainville, en su hacienda de Chaupimayo. Blanco se encontró entonces en los dominios de un *gamonal* que contaba con más de 80.000 hectáreas y varias haciendas: Huadquiña, Santa Rosa, Jochapampa, Chaupimayo y Yamana.³¹ González era el Secretario General del Sindicato de Campesinos de Santa Rosa y Chaupimayo, y por el sólo hecho de haber organizado el sindicato había sido mandado por Romainville a la cárcel durante dos años.³² El objetivo político central que se trazó Blanco fue profundizar y extender la sindicalización del campesinado de toda la zona y, para empezar, elaboró con otros dirigentes un “Pliego de Reivindicaciones” que presentaron al patrón. Cuando el *gamonal* lo rechazó, los trabajadores rurales de Chaupimayo iniciaron la primera huelga campesina y se convirtieron en la vanguardia en la toma de tierras. Los “piquetes” impidieron que ingresasen a trabajar los grupos de esquirols contratados por el *gamonal* y le cortaron el camino al mismo Romainville cuando se dirigía a su hacienda. Además, el sindicato organizó la matanza de ganado y la distribución de una ración de carne para todos los campesinos que vivían en el latifundio.

30. E.Hobsbawm: *op. cit.*, p.277.

31. Carlos Malpica: *Los dueños del Perú*. Lima, Ediciones Peisa, 1973 (1ª ed. 1964), p.157.

32. V. Villanueva: *Hugo Blanco y...*, *op. cit.*, p.30.

En lo que verdaderamente se destacaría Blanco fue en la organización de los sindicatos campesinos y en su centralización en una federación. Los primeros intentos en la creación de sindicatos en La Convención se habían dado a comienzos de los años '50. Pero estos sindicatos "servían más bien como base de prestigio para algunos abogados de 'izquierda' del Cuzco que muy poco tenían que ver con los campesinos."³³ Cuando Blanco se instaló en la región éstos eran muy escasos, "casi todos organizados por el dirigente Calvo Bohorquez. No había Federación Provincial ni Federación Departamental de campesinos. Todos los gremios del valle estaban simplemente afiliados a la FTC. Blanco se propuso la tarea primordial de organizar nuevos y más sindicatos, bajo su propia responsabilidad y sin la ayuda de sus amigos del POR de Lima."³⁴ Al llegar al Cuzco Blanco había encontrado sólo ocho sindicatos organizados; cuando su campaña termine, serán casi 150, con casi 15.000 afiliados. Al mismo tiempo, se creó la Federación Provincial de Sindicatos Campesinos de La Convención y Lares (FPCC), de la que Andrés González fue elegido como su secretario general y Blanco como delegado ante la Federación Departamental de Campesinos del Cuzco, en la que se desempeñaría como Secretario de Reforma Agraria.

Lo más significativo de la organización ideada por Blanco fue que intentó incorporar a todos los campesinos –así fueran *arrendires*, *allegados*, *habilitados* o peones libres– en una misma entidad y detrás de un mismo pliego de reclamos, y apelando al recurso de la huelga. La huelga, en este caso, consistía en que el campesino no trabajara la parcela del terrateniente. Si

33. Adolfo Gilly: "Los sindicatos guerrilleros del Perú", en *Marcha*, Montevideo, agosto de 1963. Citado en Villanueva: *Hugo Blanco y...*, op. cit., p.75.

34. Añi Castillo: *op. cit.*, p.34.

el patrón no cedía, perdía su cosecha. Pero al mismo tiempo, durante el paro, el campesino podía dedicarse a trabajar el terreno asignado a su persona. Este trabajo de su parcela llevaba implícita la ocupación de la tierra, y así la huelga planteaba, por la vía del hecho, el problema de fondo para el campesino: la propiedad agraria. Como se puede apreciar, Blanco primero apeló a la agitación de reivindicaciones mínimas y sentidas por todos los campesinos. Pero ésta, como señala François Bourricaud, corría “el peligro de agotarse en una serie de motivos de queja locales y anecdóticos.” Allí fue cuando Blanco decidió elevar la apuesta y convertirla en un reclamo general por la tierra. Como sigue afirmando el sociólogo francés: “Para evitar que pierda impulso, hay que designar un enemigo y formular una esperanza: el enemigo es el hacendado, la esperanza es la tierra devuelta al campesino. Hugo Blanco percibe muy bien el punto de partida del proceso de agitación, que es el momento en que la reivindicación sale del marco de la hacienda para extenderse al plano provincial. En este punto se efectúa una doble unión. Primero, los movimientos reivindicativos en el seno de las diversas haciendas puede coordinarse; en segundo lugar, la agitación agraria entra en contacto con la población urbana.”³⁵

Huelgas con ocupación de tierras, sindicalización y elevación de la conciencia campesina parecían ser las tres estrategias centrales impulsadas por Hugo Blanco. Como observaba un periodista de la época: “Mientras duraba la huelga, el proceso de sindicalización fue impulsado a fondo. Todas las situaciones de riesgo se debatían en asamblea de Sindicato. Muchas de las sesiones tenían carácter típicamente

35. F. Bourricaud: *op. cit.*, p.44.

catequizador, didáctico, proselitista. Se explicaba a los campesinos el carácter de clase del gobierno, el carácter de clase de todos sus órganos de poder. Cada punto era pintado con ejemplos vivos y relacionado a situaciones que los propios oyentes habían protagonizado. Día a día aumentaba la toma de conciencia. Los comuneros comprendieron la urgente necesidad de impulsar la sindicalización. Comprendieron que serían más respetados en la medida en que extendieran su propia organización. Hallaban poco a poco el sentido de una huelga, un choque con la policía, una invasión de tierras.”³⁶

Así, Hugo Blanco, “*Hugucha*”, como le llamaban en quechua los campesinos cuzqueños, comenzaba a convertirse en una figura legendaria para el campesinado. Pero, ciertamente, no era el único dirigente o activista. Observemos como él mismo recordaba que, “a causa de los atropellos del gamonal, de la represión y de la vanguardia trotskista, Chaupimayo se radicalizó en tal forma que casi la totalidad de sus miembros eran militantes sindicales revolucionarios bien disciplinados. Inclusive los miembros de base de este sindicato, desempeñaban el papel de organizadores y dirigentes en otras zonas [...] Estos dirigentes de La Convención, junto con los valientes activistas de otras provincias que rodeaban al sin par Juan Huallpa en el Cuzco y los que actuaban con Claudio Hanco en Lares, han sido los verdaderos dirigentes del proceso de ascenso revolucionario en La Convención.”³⁷ Hacia julio de 1961 Hugo Blanco ya no sólo era un importante dirigente agrario en La Convención sino que estaba disputándole palmo a palmo a los comunistas la dirección de la FTC.

36. Añi Castillo: *op. cit.*, p.56-57.

37. Blanco, *op. cit.*, p.27. Blanco menciona, asimismo, una larga lista de dirigentes y sus lugares de actuación.

La situación era inédita: un militante con estudios universitarios y educación teórica marxista, que se había formado en los masivos sindicatos argentinos (especialmente en el combativo gremio de la Carne) y en una corriente política como el trotskismo, que hacía un culto de las experiencias del proletariado industrial, se catapultaba ahora como líder de una resistencia campesina y étnica. Es a partir de esta experiencia y bagaje ideológico como es posible entender el planteo de Blanco por convencer a los campesinos cuzqueños de que advirtiesen toda la potencialidad que podía encerrar una organización de los trabajadores del campo que rompiera con las estratificaciones impuestas por el gamonal y que incorporase la huelga como una forma de lucha. Sin embargo, no debemos perder de vista la distancia que mediaba entre las aspiraciones de radicalizar el proceso de lucha en una perspectiva socialista, propias de Blanco, y los motivos más directos e inmediatos que animarían a la movilización campesina. Esto fue claramente observado por Hobsbawm: “El hecho crucial acerca de las agitaciones campesinas de La Convención radica en que su origen y su liderato reside en la clase media rural de los arrendires, por más que sus exigencias también alcanzan las de los allegados. Su interés mayor era el de convertir el sistema de arriendo feudal de la tierra en un sistema capitalista de lo mismo, o en hacer de él propiedad campesina.”³⁸ Podemos hipotetizar que Blanco se fue colocando por delante de las expectativas y propuestas de los *arrendires* cuando comenzó a plantear la expropiación total de las grandes haciendas y su reparto entre los verdaderos propietarios agrícolas.

38. E.Hobsbawm: *op. cit.*, p.279.

Analizando esta primera experiencia de lucha, un Congreso del POR peruano, reunido en Arequipa en noviembre de 1960, elaboró como línea política el objetivo de lograr una “insurrección campesina”, acompañada por un sistema defensivo de lucha armada. Con ese mismo fin, se resolvió impulsar la formación de un Frente Revolucionario, haciendo un llamado a todas las fuerzas revolucionarias del Perú y se solicitó al SLATO debatir y precisar la elaboración de estas políticas. Esto se realizó en Buenos Aires, en la reunión del SLATO de abril de 1961, en el marco de las resoluciones de esa organización trotskista sobre América latina. Aunque, en ese momento, no se decidió un vuelco completo de la militancia hacia el Perú, se destacó su importancia. Como señalaba un documento posterior que reseñó los hechos, el SLATO comprobó por ese entonces que en el campesinado cuzqueño existía “una sólida base revolucionaria. Esto hace que se discuta particularmente el problema peruano y se dé todo un nuevo programa para la sección, cuyas bases centrales son las siguientes: a) La vanguardia de la revolución son las masas campesinas; su motor, la ocupación de tierras. b) Cuzco es, por ahora, el centro regional de ese proceso (...) d) La forma de combinar el proceso agrario y urbano es la consigna “Tierra y voto para el Campesino”, y la denuncia del carácter fraudulento de las elecciones, por no votar la mayoría de la población, analfabeta.”³⁹

Considerando que era difícil evaluar el proceso peruano desde Buenos Aires, el SLATO en ese momento decidió enviar algunos dirigentes a la zona para colaborar con el POR peruano. En los meses siguientes, ante el avance de las luchas

39. “Proyecto de Informe Latinoamericano de Actividades”, en *Boletín Palabra Obrera* N°1, Buenos Aires, enero de 1963.

campesinas cuzqueñas y el papel de dirección que Hugo Blanco tenía en ellas, la organización consideró que Perú debía ser su eje privilegiado de intervención en todo el continente, por estar allí en mejores condiciones de concentrar fuerzas para impulsar la “revolución latinoamericana”. Esto significó instalar la sede del SLATO en Lima, volcar en favor del levantamiento campesino el mayor esfuerzo financiero y, especialmente, elaborar una estrategia y tácticas adecuadas para la preparación de la “revolución peruana”. Sin todos estos hechos vinculados al movimiento trotskista que hemos descrito, y a los que ningún estudio académico hasta ahora hizo referencia, es imposible comprender muchos de los acontecimientos del levantamiento campesino, y de la participación de Blanco en él, que pasamos a analizar.

El levantamiento campesino

Durante 1961 comenzaba a advertirse claramente que el proceso de sindicalización campesina y de ocupación de tierras se había profundizado. El grito de *¡Otac allpa otac huañuy!* (¡Tierra o muerte!) recorría los valles en boca de decenas de miles de campesinos, con antorchas en la mano y sacudiendo sus herramientas. Todo el valle de La Convención quedó en un estado de huelga indefinida. La ciudad de Quillabamba fue controlada por los campesinos alzados. “Los dueños de Radio Quillabamba tuvieron que ceder sus micrófonos para la mejor difusión de los discursos y proclamas que lanzarían los dirigentes visitantes.”⁴⁰ El 1º de mayo y el 26 de julio se realizaron multitudinarias manifestaciones campesinas. “Labriegos con

40. Añi Castillo: *op. cit.*, p.58.

machetes en mano y millares más de hombres portando antorchas y herramientas, hicieron temblar a los que habrían creído muerta la nacionalidad quechua.”⁴¹ En noviembre de ese año, las movilizaciones contra la presencia del ministro Beltrán en el Cuzco incluyeron concentraciones de masas, que en La Convención llegaron a reunir 40.000 manifestantes. Desde ese entonces, en esta última región y en Lares, se alcanzaba el mayor ascenso del alzamiento campesino, profundizándose las ocupaciones de tierras y la adopción de medidas violentas contra los terratenientes y la policía.⁴²

Los propietarios organizaron grupos armados para repeler las ocupaciones y los campesinos intentaron un incipiente armamento para defenderse. Se formaron entonces una serie de “milicias” organizadas por los sindicatos. Es posible denominarlas de esa manera por el tipo de organización y la declaración de sus objetivos, pero es preciso aclarar que no contaban con un auténtico pertrechamiento bélico sino sólo con herramientas de labranza y algunas viejas escopetas y fusiles. Precisamente, fue en este momento cuando Blanco comenzó a plantear la necesidad de la lucha armada como táctica de defensa campesina: “En La Convención, una vez que el trabajo sindical avanzó un poco, iniciamos la propaganda de la lucha armada, primero entre la vanguardia, con cautela, luego paulatinamente entre las masas [...] Algunos campesinos de vanguardia empezaron a adquirir armas, manifestando que un arma era ‘el mejor abogado’.”⁴³ El modelo

41. Idem, p.59.

42. En el artículo ya citado de Hobsbawm aparece una descripción de este proceso masivo de ocupación de tierras tal como fue informado entonces por la prensa peruana (diarios *Crónica*, *La Prensa*, *Expreso* y otros).

43. Blanco, *op.cit.*, p.27.

a seguir que se popularizaba era el que en Cuba había concluido con el triunfo revolucionario de Fidel Castro.

Como ejemplo de la radicalización que estaba alcanzando el proceso campesino recordemos uno de los hechos narrado por Blanco en su libro. Durante uno de los paros iniciales, al sindicato de Chaupimayo se le asignó una zona cercana para impulsarlo. Un gamonal, con el apoyo de una comisión policial, intentó enfrentar a los piquetes campesinos y el resultado fue que resultaron desarmados por éstos. “El retorno fue apoteótico, triunfal, la ‘Secretaria de Frente Femenino’, combativa compañera, iba con el kepi de un guardia en la cabeza y el fusil a la bandolera [...] Cuando me reuní con mis compañeros volviendo de Quillabamba, aprovechamos los incidentes mencionados para realizar una asamblea de concienciación; mostramos su carácter de símbolo: Esto es lo que hará el pueblo peruano en el futuro, arrebatar las armas de manos de los explotadores y sus sirvientes [...] El hecho de que todavía la reacción stalinista era fuerte en la Federación, nos obligó a devolver el arma de la policía ante la presión de ésta, para evitar una fuerte represión. El arma del gamonal ya no la devolvimos.”⁴⁴

El clima de conflictividad social que se vivía por entonces en la sierra peruana aparece bien descrito en el primer número de *Bandera Roja*, órgano del POR del Cuzco, en donde se informaba sobre el “Primer mitin campesino del Cuzco”, realizado en esos días: “La ciudad imperial ha presenciado con auténtico marco clasista, una manifestación de delegaciones campesinas venidas de todas las provincias. Ha sido un mitin colérico, expresión del ascenso del campesinado, han

44. Idem, p.62-63.

sido los descendientes de los guerreros incas, los que sufren desde hace cuatro siglos pero que están dispuestos a terminar con la opresión [...] Cuba y Fidel Castro han estado presentes en el recuerdo de los oradores y de las masas y se ha prometido seguir los pasos de aquéllos y hacer la Reforma Agraria [...] La lucha que está llevando el campesino por la libertad de sus dirigentes es digna de admiración: un paro de 48 horas en toda la provincia de La Convención, un mitin aguerrido en Quillabamba y ahora el mítin del Cuzco que contó con la valiosa colaboración de los estudiantes revolucionarios [...] Cuzco revolucionario escuchó emocionado las frases de rebeldía: *¡Huañuchun gamonal! ¡Kausachun llancac runa! ¡Allpatan munaiku! ¡Kausachun Cuba! ¡Kausachun Fidel Castro! ¡Convivientes al paredón! ¡Kausachun Federación Campesina! ¡Kausachun Federación Trabajadores Cuzco!*"⁴⁵

En ese periódico se informaba sobre las actividades en pro de la constitución de un "Frente Unico Revolucionario, vía hacia el partido único de la Revolución". Allí se destacaba la formación de un Frente de Estudiantes Revolucionarios (FER), afin a las perspectivas de lucha que impulsaba Blanco. El FER se presentó en las elecciones estudiantiles de la Universidad del Cuzco, en las que salió segundo con el 45% de los votos. Todo esto confluía hacia la conformación de una "Unión Obrero-Estudiantil-Campesina". Ese proceso de reagrupamiento popular está bien descrito en *Bandera Roja*. Allí se informaba que "el estudiantado participó del mitin campesino con sus oradores y concurriendo masivamente [...] juntos obreros, campesinos, estudiantes, luego de recorrer algunas

45. *Bandera Roja*, Cuzco, julio 1961. Las consignas en quechua significan: "*¡Muerte al gamonal!*", *¡Vivan los trabajadores!*, *¡La tierra para nosotros!*, *¡Viva Cuba!*, *¡Viva Fidel Castro!*".

calles del Cuzco se dirigieron al local de la Federación de Trabajadores donde se llevó a cabo una histórica reunión. Se acordó organizar un Comité Unificado de Obreros, Campesinos y Estudiantes en el que estarán representados el FER (Frente Estudiantil Revolucionario), la FTC (Federación de Trabajadores del Cuzco), la FDCC (Federación Departamental de Campesinos del Cuzco) y la Federación Provincial de Campesinos de La Convención.”⁴⁶ En esta situación política, y a partir de estas experiencias de crecimiento, vinculación y radicalización de diversos sectores campesinos, estudiantiles y obreros, se conformó en diciembre de 1961 el Frente de Izquierda Revolucionaria (FIR), en el que confluieron el POR, militantes independientes y del PC–Leninista, una fracción del PCP que había roto con ese partido acusándolo de reformista.

El llamado del FIR a toda la “izquierda revolucionaria” no logró que ésta tuviera una actitud de participación y apoyo en el proceso del levantamiento campesino peruano. Posiblemente, la presencia de un dirigente campesino de reconocida trayectoria y formación trotskista generaba una verdadera conmoción en la izquierda peruana, en la que los comunistas tenían gran ascendencia. Según Blanco “El Partido Comunista Peruano se consideraba todavía propietario indiscutible de la revolución peruana (aunque la veía lejana, lo más lejana posible). En esa época los trotskistas éramos todavía calificados indiscutiblemente como ‘agentes del imperialismo’ (en el Cuzco se agregaba ‘y de los gamonales’).”⁴⁷ Tal como años después lo reconoció Héctor Béjar, ex dirigente del PCP y para entonces organizador del castrista ELN: “la sindicalización

46. Idem.

47. Blanco: *op. cit.*, p.34.

campesina se extendió desde 1956 hasta 1962. El punto más alto de esa gran ola, por la calidad política de sus dirigentes, estuvo en los valles de La Convención y Lares y la figura más destacada fue Hugo Blanco. Pero Hugo Blanco era y es un disciplinado militante trotskista. Este hecho planteaba a la izquierda un serio problema. ¿No se había dicho durante muchos años que los trotskistas son agentes del imperialismo? ¿No se había señalado repetidamente al trotskismo como una corriente contrarrevolucionaria? Los años del stalinismo no estaban lejanos y, en todo caso, caído el ídolo Stalin, el supremo anatema contra el trotskismo no había sido retirado por nadie; tenía plena vigencia. Eso por un lado. Por otro, la izquierda en su conjunto no se incorporaba plenamente a la lucha campesina. Orientaba a las organizaciones ‘desde arriba’, asesoraba a los sindicatos, destacaban temporalmente organizadores al campo, pero no dirigían ‘desde adentro’, a la manera de Blanco. Por un lado, sus prejuicios políticos, todavía subsistentes, le impedían dar a Blanco la colaboración que merecía. Por otro, su inercia la mantenía encerrada dentro de sus viejos moldes urbanos.”⁴⁸ De esta manera, el sostén político del movimiento encabezado por Blanco quedó restringido a pequeños sectores de la izquierda; de hecho, no se extendió mucho más allá del FIR y de los trotskistas latinoamericanos del SLATO.

El trotskismo frente al levantamiento campesino: entre el “insurreccionalismo” agrario y el “putschismo”

La corriente trotskista argentina en la que había iniciado su actividad política Hugo Blanco, y su correlato latinoamericano,

48. Béjar Rivera: *op. cit.*, p.47.

el SLATO, se volcarían de lleno a actuar en el proceso peruano. Como ya hemos anticipado, se hace imprescindible un análisis de las posiciones y acciones de esta corriente dada la relevancia que tuvo en el proceso histórico que aquí indagamos. Para esta tendencia, el principal problema en el Perú era que se estaba desarrollando una “revolución agraria” en la región del Cuzco y de los Andes Centrales completamente aislada del resto del país, donde, tras ocho años de experiencia bajo una dictadura, el proletariado y los sectores populares urbanos continuaban depositando sus expectativas en las elecciones. Para Nahuel Moreno y el grupo Palabra Obrera el sector tradicionalmente más “atrasado” del Perú en cuanto a organización y participación política, el campesinado, estaba a la vanguardia, mientras que las masas urbanas estaban a la retaguardia del proceso abierto. Para resolver esa contradicción, Moreno proponía: participar de lleno en el proceso de toma de tierras e impulsar todas sus expresiones del llamado “poder dual” (creación de milicias campesinas para defenderse de los terratenientes y el ejército, control de las radios y escuelas de la zona, entre otras); sindicalizar masivamente al campesinado y trabajadores rurales, y que sus sindicatos ingresasen a la central obrera peruana; construir un partido revolucionario de masas, tanto en el campo como en las ciudades, propagandizando y agitando en estas últimas la necesidad de apoyar la revolución campesina en marcha.

El 24 de abril de 1961, los delegados del POR peruano regresaron a su país después de haber participado de la reunión del SLATO en Buenos Aires. Llevaban una larga carta de Moreno dirigida a Hugo Blanco, donde le señalaba: “no hay problema más difícil que precisar la etapa que vive un país y las tareas revolucionarias que le corresponden. En general todos

coincidimos que en nuestros países están a la orden del día dos grandes tareas históricas: la liberación nacional y la revolución agraria. El problema es ver cómo se combinan y concretan ambas tareas históricas [...] Si nosotros planteamos en este momento la liberación nacional en un plano de igualdad con la revolución agraria, estamos disolviendo el proceso concreto de la revolución peruana, que ha comenzado como revolución agraria, en una forma abstracta [...] Olvidaríamos también que cada país y cada revolución tienen leyes específicas en su proceso revolucionario [...] Vuestra revolución tiene un rasgo específico: ha comenzado en esta etapa como revolución agraria y no como una revolución obrera o de todo el pueblo contra el imperialismo. Tiene como su vanguardia al campesinado de una zona, el Cuzco, que se plantea el problema de la tierra, mientras el proletariado de las ciudades y de las minas, se mantienen a la retaguardia, a la defensiva.”⁴⁹ Para Moreno, las dos grandes reivindicaciones de masas que tenían un contenido revolucionario en el proceso peruano eran *“la tierra y el derecho a votar”* para los campesinos. En relación a esta cuestión, Moreno insistía en que “el gran problema que se presenta es cómo combinamos esta lucha por la tierra y el voto para el campesinado (que es una lucha que interesa específicamente a las masas rurales) con los problemas que afligen o preocupan a las masas urbanas y especialmente a la clase obrera de Lima, de la costa y de los grandes centros mineros [...] Con nuestra intervención en las elecciones se trata de llevar conciencia a la clase obrera y a las masas urbanas acerca de la etapa actual de la revolución peruana [...] Se

49. Carta de Nahuel Moreno de abril de 1961, en *Perú: dos estrategias*, Buenos Aires, 1964.

trata de revelarle a los trabajadores urbanos que hay una revolución agraria en marcha que ellos desconocen.”⁵⁰

En su reunión de abril de 1961 el SLATO había decidido enviar algunos dirigentes argentinos al Perú para apoyar al pequeño partido de Blanco y a su intervención en el levantamiento campesino. En junio de ese año, uno de ellos, Daniel Pereyra fue enviado a Lima. Este experimentado militante obrero del gremio metalúrgico se instaló luego en Cuzco como miembro argentino del Buró Político del SLATO, organización que ahora se había decidido establecer en la capital peruana. En setiembre de 1961 Moreno viajó a Lima. Al llegar, Pereyra había sido detenido por su participación en una protesta de docentes en el Cuzco, y poco después, en octubre de 1961, fue deportado a la Argentina. Moreno acordó con sus compañeros peruanos el envío de otros dos dirigentes, José Martorell (un español que había sido guerrillero antifranquista en su país y participado en la resistencia antinazi en Francia) y el argentino Eduardo Creus, para reforzar el trabajo. Se decidió la realización de una conferencia del SLATO en Lima para resolver la orientación para “la insurrección”, que se entendía como una posibilidad concreta e inmediata. En noviembre, clandestinamente, Pereyra regresó al Perú, y se volvió a instalar en Cuzco, mientras Martorell se convertía en el orientador del trabajo en la capital peruana. Este fortalecimiento del partido peruano, a partir de la presencia de los militantes enviados por Palabra Obrera, sería destacado luego por Hugo Blanco en su libro *Tierra o muerte*: “el SLATO se había dado cuenta de la gran importancia de nuestro movimiento campesino y de la urgente necesidad de fortalecerlo.

50. Idem.

Envió a tres camaradas experimentados en nuestra ayuda: Daniel Pereyra, Eduardo Creus y José Martorell [...] Con la llegada al Cuzco de Pereyra y otros militantes del POR peruano, se fortaleció enormemente el trabajo.”⁵¹ En la Conferencia del SLATO se plantearon los siguientes puntos: “a) Con el desarrollo de la sindicalización campesina y la ocupación de tierras ha surgido el poder dual en distintas zonas campesinas, bajo el control de nuestro partido. b) Esto hace que ya esté planteado el problema de la insurrección y que el partido deba superar rápidamente su retraso en ese sentido. c) [...] en cuanto a la distribución de fuerzas partidarias deben concentrarse en el Cuzco y no atomizarse en todo el país [...] Como resultado de la Conferencia para el Perú, el hecho más importante es el primer contacto oficial con Hugo Blanco y su convencimiento de las posibilidades insurreccionales existentes.”⁵²

Sin embargo, la dirección del FIR–POR peruanos concentrados en Lima se fueron orientando desde fines de 1961, antes que en una estrategia de tipo “insurreccional”, en una línea de tipo “putschista”. Es decir, empezaron a tener como orientación central el impulso de un golpe político–militar violento y sorpresivo, llevado adelante por un núcleo revolucionario, tendiente a generar una crisis en el gobierno peruano que lo obligasen a llevar adelante una ofensiva contra el levantamiento. Esperaban que esta ofensiva, a su vez, obligaría a una definición de los sectores populares a favor de la extensión y profundización de la lucha. La preocupación eran las grandes desigualdades que existían entre las movilizaciones campesinas

51. Blanco: *op. cit.*, p.28.

52. Resoluciones adoptadas por la Conferencia del SLATO, Lima, citadas en el “Proyecto de informe latinoamericano de actividades”, enero de 1963, pág. 2.

en el Cuzco y la falta de luchas en las grandes ciudades, donde el proceso electoral era el tema político dominante. Desesperados por esa situación, creyeron que era necesario “provocar” una insurrección antes de las elecciones presidenciales previstas para 1962, en la que debía elegirse al sucesor de Prado. Concibieron, así, la idea de tomar por asalto el Cuartel Mariscal Gamarra del Cuzco, que se les aparecía como “el Moncada” peruano (olvidando, incluso, que Castro había fracasado en ese primer intento en Cuba). En esa línea, que podemos denominar como “blanquista”, también cayeron los dirigentes argentinos enviados al Perú, principalmente Pereyra y Martorell. Moreno se opuso completamente a esta orientación. Por eso Hugo Blanco afirmaría luego en su libro: “El mérito de haber reaccionado primero y de haber comenzado una lucha sería contra esa desviación [putschista] le corresponde al camarada Nahuel Moreno.”⁵³

Influídos por el castrismo, Pereyra y el grupo de Lima encabezado por Martorell fijaron la fecha de su asalto al Cuartel Gamarra para antes de las elecciones de junio de 1962. Para ese objetivo necesitaban previamente muchos más fondos financieros de los que Palabra Obrera estaba enviando. Entre tanto, poco y nada de esa ayuda le era remitida desde Lima a Hugo Blanco, ya que Martorell y Pereyra necesitaban de esos fondos para la organización de su grupo armado. Resuelto a llevar adelante su propia línea, el 15 de diciembre de 1961, el equipo dirigente asentado en Lima realizó un primer “ensayo” de su orientación, asaltando la sucursal Magdalena del Banco Popular. El operativo resultó exitoso desde el punto de vista meramente técnico, pero obtuvo muy poco dinero. De los

53. Blanco: *op. cit.*, p.77.

105.000 soles obtenidos (unos 4.000 dólares de la época) 40.000 eran imposibles de usar, por ser billetes nuevos, cuya numeración podía ser fácilmente controlada.

Con esta operación se produjo una clarificación de las diferencias que se habían abierto en las corrientes trotskista argentina y peruana. Por un lado, había un grupo orientado en una línea “putchista”, de organización de un grupo armado independizado del accionar de las masas (casi como una guerrilla). Por el otro, en el que se encontraba el líder argentino Moreno, condenando esa perspectiva por ser opuesta a la línea de impulsar y extender el levantamiento campesino en su propio terreno. Como lo expresaría en una carta dirigida a Pereyra en enero de 1962: “Estamos en contra de la organización de grupos guerrilleros en Perú. Creemos que hay que desarrollar, en oposición a los grupos guerrilleros, las milicias armadas campesinas y partidarias (o del frente único revolucionario). La diferencia es sencilla: el guerrillero se aísla, se prepara independientemente de la lucha de clases; las milicias son parte de la vida sindical y política, no la abandonan ni por un minuto [...] Estamos a favor de que todo sindicato tome tierras y las defienda, o que en el Valle de La Convención quienes ya manden sean los campesinos, con sus milicias, dirigidos por la Federación; pero estamos en contra de que se llame ‘zona liberada’ o se constituyan allí un gobierno o ejército de liberación [...] Lucha y organización armada para defender la toma de tierras por el campesino, ¡sí! Como un objetivo en sí mismo, ¡no!”⁵⁴

Para Moreno, la consigna inmediata era: “¡Campesinos, tomad ya ahora mismo las tierras, sindicalizaos y formad

54. Carta de N. Moreno a D. Pereyra, enero de 1962, en *Perú: dos estrategias*. Buenos Aires, 1964.

milicas para defender vuestras tierras y vuestros sindicatos! Y la consigna propagandística es ¡Congresos agrarios! Esta consigna propagandística tiene una importancia fundamental, ya que significa transformar el poder dual atomizado, molecular, en general, regional o nacional [...] Toda federación campesina de un valle o de una región, debe llamar a congresos para imponer en su zona las milicias armadas centralizadas, la toma de las tierras y otras formas más generales o políticas de poder dual (control de la radio, las escuelas y otras manifestaciones gubernamentales).”⁵⁵ Para Moreno, “tomar la tierra, sindicalizar a los campesinos, organizar sus milicias y completar la revolución democrática son las difícilísimas tareas que tienen ustedes a la orden del día.” En este sentido, sostenía que era imprescindible ligar la vanguardia urbana, en su mayoría influida por el castrismo, a la lucha de masas: “Todo compañero que quiere lucha abierta, que se incorpore a las milicias campesinas y partidarias. Pero no hagamos un cuerpo especial, no hagamos un ejército separado de la lucha de clases. Si los compañeros de vanguardia no lo entienden así, eduquémoslo [...] Por eso la consigna no puede ser más sencilla: captemos a la vanguardia para que ayude, fortifique y dirija el desarrollo del poder dual, e impidamos que actúe en forma independiente y aventurera.”⁵⁶ Al mismo tiempo, Moreno le recriminaba a Pereyra: “Vos seguís considerando que [la revolución peruana] seguirá las pautas generales de la revolución cubana, en la variante Moncada, o a lo sumo, en la variante Sierra Maestra.” Pero para Moreno la dinámica era otra, pues se trataría de una revolución agraria en intensificación.

55. Idem

56. Idem

Con las posiciones desarrolladas en la carta de Moreno, y las elaboraciones producto de la reunión de enero en Buenos Aires, Palabra Obrera envió a uno de sus más importantes dirigentes, Angel “Vasco” Bengochea a Lima para defender esa línea ante los militantes que actuaban en Perú y se disponían a tomar, a más tardar para junio de 1962, al cuartel en el Cuzco. Pero, pese a que en la dirección del POR surgía un grupo de militantes que se oponían a esa aventura, Bengochea al regresar a Buenos Aires era francamente pesimista sobre la dinámica del partido peruano, que parecía firmemente embarcado en el curso “putschista”. Moreno, que en espera del informe de Bengochea había permanecido en Buenos Aires, ante la gravedad de los hechos se dispuso a viajar a Lima en febrero de 1962 para una nueva reunión del SLATO. Como veremos a continuación el curso putschista no pudo ser detenido y eso generaría la destrucción casi total del partido peruano a lo largo de ese año. Esto provocaría un mayor aislamiento para la lucha dirigida por Hugo Blanco.

El “desastre de Miraflores” y el desmoronamiento del apoyo político a Blanco

En abril de 1962 se realizó una nueva reunión del SLATO en Lima. Nahuel Moreno asistió a ese encuentro preocupado por evitar el curso “putschista” en el que se estaba embarcando el partido peruano y también el SLATO. La resolución oficial planteaba que el eje central de actividad del partido debía ser el apoyo al alzamiento campesino, ligado a los “organismos de masas”. Pero la mayoría de la dirección del SLATO, encabezada por Martorell y Pereyra, no abandonó la idea de que con un nuevo golpe comando era posible solucionar de una

vez todos los problemas financieros, que seguían siendo su principal preocupación. El “aparato expropiador” (que comenzó a nombrarse como “Túpac Amaru” a partir del asalto al Banco Popular, para no aparecer ligado al FIR y a Hugo Blanco) resolvió una nueva operación. Asimismo, se acordó que el “equipo expropiador”, en caso de actuar, lo haría sin recurrir al resto del POR o el FIR, para no complicar la situación de Blanco y demás militantes que actuaban en el movimiento campesino. Debían garantizar su propio aparato técnico, y en todo momento dejarían a salvo cualquier vinculación con la organización política que encabezaba las movilizaciones del campesinado cuzqueño.

El 1º de abril de 1962 un equipo se había apropiado de un auto para participar de la operación más importante del grupo: asaltar la sucursal Miraflores, en Lima, del Banco de Crédito. Era una sucursal grande, con unos sesenta empleados y un edificio de magnitud. Era una operación para la que se necesitaba más gente y una mayor preparación, sincronización y entrenamiento. Como contrapartida, prometía una gran cantidad de dinero. La operación se realizó el 12 de abril y conviene detenerse en sus detalles, pues ilustra bien un tipo de estrategia política. Un comando de nueve hombres entró en el banco, en pleno día, llevándose 2.950.000 soles (más de 100.000 dólares de entonces). Era una suma fabulosa para el Perú, y ese tipo de asalto no tenía antecedentes en el país. Los diarios de los días siguientes informaban en titulares “tipo catástrofe” que era “el asalto del siglo”. Sin embargo, uno de los miembros del comando, Jorge Tamayo, al salir del banco, se encontró cara a cara con un compañero de facultad que lo reconoció. En pocas horas la policía tuvo los datos de uno de los “asaltantes” e inició la búsqueda. Aunque hubo

desconcierto y múltiples versiones, que durante los primeros días se reflejaron en la prensa del Perú, no tardaron en dar con el sector estudiantil que había participado. La improvisación e inexperiencia del grupo fue dejando rastros que la policía logró seguir. La situación obligó a definiciones rápidas. Contra lo resuelto por el SLATO, el “equipo expropiador” debió pedir ayuda al resto del POR para librarse de la persecución policial. La situación era desesperante, ante la desmoralización avanzada de algunos miembros del FIR limeño, que no parecían preparados para la previsible persecución de las fuerzas de represión. Pereyra y Martorell propusieron, entonces, la conveniencia de ir a Cuzco, y de requerir ayuda en Bolivia a un personaje por ellos conocidos.⁵⁷

Se acordó, entonces, que el grupo viajara al Cuzco. Allí, en medio del ascenso campesino, había muchos lugares donde resguardar a los militantes. El viaje era peligroso, porque en todas las rutas había retenes policiales. Al mismo tiempo, se decidió que Moreno, que había estado en desacuerdo con la operación de asalto al banco, viajase a Bolivia, para organizar desde allí la ayuda necesaria para Blanco y el FIR cuzqueño, una vez que los miembros del “Túpac Amaru” estuviesen fuera de Lima. A Moreno se le encargó organizar la fuga del “equipo expropiador”, logrando que salieran de Lima ocultos en la caja de un camión, donde se ubicaron ocho militantes. Pereyra viajaba junto al chofer. El camión pasó más de una docena de puestos policiales sin inconvenientes. Tras cuatro

57. Carta de Nahuel Moreno a Daniel Pereyra, diciembre de 1962, en Carpeta “Correspondencia Moreno-Pereyra”. La reconstrucción del asalto al banco de Miraflores y de los hechos que siguieron a esta “operación” se realizó en base a esta fuente y a otros documentos internos del archivo de la organización Palabra Obrera, y a los textos ya citados de Blanco, Pereyra, Añi Castillo y Villanueva (*Hugo Blanco...*, op. cit.).

días de viaje, el 27 de abril se encontraron con los enlaces del Cuzco en Limatambo, a treinta kilómetros de la ciudad. Todo indicaba que ya estaban a salvo, de acuerdo con el plan previsto. A las dos de la madrugada del 28 de abril, un primer grupo logró desaparecer de la zona. Pero mientras bajaba del camión el segundo grupo, apareció un patrullero policial. Los policías creyeron que los militantes estaban robando la carga del camión. Daniel Pereyra, ante la orden de detenerse, enfrentó a tiros a los policías hasta agotar el cargador de su pistola. Fue detenido en el lugar, junto a otro miembro del grupo. Otros fueron detenidos esa noche y en los días siguientes. Todos los apresados fueron salvajemente torturados durante varios días, ensañándose especialmente con Pereyra. Luego fueron trasladados al Cuartel Gamarra.

La captura del grupo de Pereyra coincidía con los rumores que circulaban en el Cuzco, sobre la preparación de un alzamiento insurreccional campesino con motivo del 1º de Mayo: “la opinión del Ejército y la PIP era que los extremistas preparaban el estallido de una revolución-relámpago, una especie de Noche de San Bartolomé, en la que se pondría fin, con cadalsos y guillotinas, a los gamonales de lares y La Convención.”⁵⁸ En la antigua “Ciudad Imperial”, el gobierno “procedió a reforzar las dotaciones de policía, de la PIP y Guardia de Asalto del Cuzco, lo mismo que a la IV División Ligera que aumentó sus efectivos con tropas y carros de combate [...] Cuzco daba la impresión de una ciudad en tiempo de guerra ocupada por el enemigo.”⁵⁹ Las radios y los diarios no hacían otra cosa que hablar de la captura de la “Banda

58. Añi Castillo: *op. cit.*, p.110

59. Villanueva: *Hugo Blanco...*, *op. cit.*, p.119

Roja” dirigida por el “Che Pereyra”, a pocas horas de las concentraciones campesinas e indígenas convocadas por los sindicatos. Nada ocurrió finalmente en el acto del 1º de mayo, pero durante el resto del mes se produjeron decenas de detenciones. El FIR limeño fue completamente desarticulado. Algunos pocos que permanecían “prófugos”, como el propio Martorell, terminaron entregándose, desmoralizados. Nahuel Moreno, según lo convenido, había salido del Perú rumbo a La Paz, Bolivia, donde se instaló el 27 de abril. Allí se enteró de las detenciones de sus compañeros e inició las actividades, ya no sólo en apoyo a Hugo Blanco, sino para encarar la nueva situación planteada por la casi completa liquidación del FIR-POR. La policía peruana, en base a delaciones de elementos poco sólidos del FIR, acusó a Moreno de ser el “cerebro” del asalto y fue detenido en La Paz ante el pedido de extradición presentado por el gobierno peruano. Moreno, públicamente y de acuerdo con lo resuelto por el SLATO antes del asalto, debió deslindar toda responsabilidad en los hechos. Finalmente, por los reclamos de distintas organizaciones políticas y sociales bolivianas fue dejado en libertad, el 18 de mayo de 1962.

En el Cuzco, entre tanto, el 5 de mayo, en medio de un fuerte operativo militar, el grupo de detenidos fue llevado al aeropuerto, y trasladado por avión a Lima, y de allí a las prisiones de El Frontón y El Sexto. Eran ya treinta y un prisioneros, entre el “aparato expropiador” y los dirigentes y enlaces del FIR del Cuzco. Una multitud de estudiantes y campesinos los despidió en el aeropuerto y hubo incidentes con la policía. Pero lo cierto es que toda la operación de asalto al banco no despertó ningún apoyo popular en el resto del país. Por el contrario, el gobierno y sus fuerzas de represión lo usaron para

desprestigiar a la izquierda en general, y a Hugo Blanco y el FIR en particular, ya que eran abundantemente acusados en la prensa limeña de “*banda roja de asaltantes*” y “*gángsters*”. Pero lo de más graves consecuencias fue que Blanco quedó aislado y sin apoyo en el momento en que, finalmente, era elegido secretario general de la Federación Provincial de Campesinos de La Convención y Lares, “*contra la rabiosa oposición del oportunismo*” tal como él lo dice en su libro.⁶⁰ En junio de 1962, Moreno escribía desde La Paz, con indignación: “Aquí nos encontramos confundidos por la locura y la irresponsabilidad que cometieron algunos de los mejores dirigentes del FIR [...] Lo lastimoso es que las aventuras de nuestros amigos putschistas, aventureros, han impedido una preparación cuidadosa de la ayuda política, organizativa, al proceso de la revolución agraria encabezada por Hugo Blanco, y es así como este colosal líder de nuestro movimiento y de la revolución agraria, se va a encontrar huérfano de toda ayuda cuando más la necesita. Y esto a pesar de toda la ayuda que mandamos para él. Pero desgraciadamente con el pretexto que esa ayuda era poca para hacer la insurrección de acuerdo al plan ‘X’ o ‘Z’ elaborado en un café del Cuzco, o en alguna confitería o lujoso departamento de Lima, nunca le llegó, a pesar que era muy importante.”⁶¹

Aislamiento y reflujo de la lucha campesina tras el golpe militar de 1962

Mientras tanto, el levantamiento campesino y las acciones guerrilleras estaban generando preocupación en las clases

60. Blanco: *op. cit.*, p.9.

61. Moreno, carta desde La Paz, 15 de junio de 1962, en *Perú: dos estrategias*.

dirigentes y las instituciones del Estado. Se multiplicaban titulares como éste del influyente diario *La Prensa*: “¡Guerrillas en el Cuzco!”; “¡Hugo Blanco, a la cabeza de grupos campesinos armados, comete tropelías!”⁶² No se trataba de un problema limitado a La Convención: en muchas zonas de las sierras del centro y del sur del país se producían huelgas campesinas y ocupaciones de haciendas. Entre 1959 y 1963 hubo como mínimo 100 ocupaciones; un sector muy importante de ellas se produjeron en los departamentos de Pasco y Junín.⁶³ Frente a todo esto las Fuerzas Armadas comenzaron a expresar una gran inquietud. Como señala Julio Cotler, “...en el seno de la oficialidad [la rebelión campesina] fue el primer aviso de lo que podría generalizarse en el país en caso de no atacarse los problemas que daban origen a ese tipo de movimiento. Así, la necesidad de ejecutar cambios estructurales resultó ser una plataforma conjunta de un sector del ejército y de la Iglesia, de ‘El Comercio’ y de los nuevos partidos reformistas, creándose entre ellos una suerte de alianza. El conflicto de clases que azuzaba la división en el seno de la clase dominante, así como en las instituciones pilares del régimen de dominación y que aseguraban su hegemonía, se intensificaban a medida que se acercaban las elecciones de 1962.”⁶⁴

Precisamente, la situación política nacional aparecía definida, hacia mediados de aquel año, por un proceso de convergadura: las elecciones presidenciales que debían elegir al reemplazante de Prado. En dichos comicios, efectuados el

62. Citado en Añi Castillo: *op. cit.*, p.125.

63. Guillermo de la Peña: *op. cit.*, p.238.

64. Julio Cotler: *op. cit.*, p.399.

10 de junio de 1962, hubo tres candidaturas importantes.⁶⁵ Todas proclamaron su voluntad de realizar cambios sociales; por ejemplo, cada partido presentó su proyecto de “Reforma Agraria”, e hizo alarde de él. El candidato que gozó del mayor apoyo popular fue Haya de la Torre, que contaba con el respaldo del único partido genuinamente institucional, el APRA; el otro fue Odría, con su Unión Nacional Odriísta, representando a la fracción más tradicional de los terratenientes y de la burguesía enriquecida con su gobierno, y con cierto respaldo en el sector popular urbano que había sido clientelizado por él durante su mandato; finalmente, se presentó otra vez Belaúnde Terry, reflejando a las nuevas fuerzas reformistas (nucleadas ahora en el partido Acción Popular), y sectores de la Iglesia y del ejército interesados en las reformas progresivas que prometía el candidato. El escrutinio de los votos dio como resultado un ajustado triunfo del APRA. Ya que el vencedor disponía de sólo el 33% de los sufragios, se hizo necesario un acuerdo en el Congreso. Como sostiene Halperín Donghi: “Haya de la Torre, decidido a cerrar el paso a quien había surgido como único rival temible [es decir, Belaúnde], se declaraba dispuesto a renunciar a su candidatura y dar el apoyo de los legisladores apristas a la del general Odría.”⁶⁶ Sin embargo, ocurrió un hecho decisivo: el ejército, que nunca había perdonado el asesinato de algunos de sus miembros en Trujillo en 1932, cometido por los apristas, a pocos días de que Prado entregara su mandato, salió a impugnar el arreglo pergeñado

65. Un análisis específico de esta coyuntura electoral en Andrés Townsend Ezcurra: “El Partido Aprista y las elecciones generales de 1962”, en *Cuadernos*, revista mensual del Congreso por la Libertad de la Cultura, N° 57, París, febrero 1962, pp.43-46.

66. Tulio Halperín Donghi: *Historia contemporánea de América latina*. Madrid, Alianza Editorial, 1998, p.599.

por Haya de la Torre, y anuló las elecciones, denunciando fraude a favor de ese candidato. El 18 de julio los militares depusieron al presidente, asumieron el gobierno (con Pérez Godoy a la cabeza), suspendieron el Congreso y anunciaron que serían convocadas nuevas elecciones.

El golpe militar, si bien era un rechazo al APRA, no contó con el apoyo entusiasta de las clases dominantes. Es que el gobierno castrense intentó poner en práctica las nuevas orientaciones reformistas que despuntaban en el ejército. Por ejemplo, frente a la situación que se vivía en la Sierra se dictó una “Ley de Bases de la Reforma Agraria”, precisamente en la provincia de La Convención. Sin embargo, esta medida no tuvo gran alcance ni mayor éxito en sus aplicaciones; lo mismo ocurrió en otras áreas. En el año que se extendió el gobierno militar se hizo patente que las orientaciones reformistas (que fueron un tibio anticipo de la experiencia que sostendría desde 1968 el general Juan Velasco Alvarado), “aún no habían madurado en la institución y que las fuerzas oligárquicas de un lado y el movimiento popular de otro mantenían su integración y fortaleza, como para impedir que esa experiencia de gobierno militar persistiera.”⁶⁷ Pero al tiempo que adoptaba estas retaceadas y parciales medidas reformistas el gobierno militar profundizaba la política represiva: se comenzó a encarcelar a centenares de dirigentes campesinos, populares y de izquierda. Fue en este contexto que se produjo el cerco que conduciría al aplastamiento final de la rebelión agraria dirigida por Hugo Blanco.

67. Julio Cotler: *op. cit.*, p.400. Un examen del comportamiento histórico de las Fuerzas Armadas peruanas en dos obras de Víctor Villanueva: *El militarismo en el Perú*. Lima, T. Scheuch, 1962; y *Nueva mentalidad militar en Perú*. Buenos Aires, Replanteo, 1969.

Pero hasta fines de 1962, Blanco y su grupo, a pesar de la desarticulación casi total en la que estaba cayendo su sostén político, el FIR-POR, seguían convencidos de que el elemento decisivo de la realidad era la profundidad y extensión de la rebelión campesina. Así, continuaron creyendo que lo que se había producido (y aún se mantenía) en la sierra peruana era lo que el trotskismo solía denominar como “Poder dual”; es decir, una situación de polarización social típica de los procesos revolucionarios, en los que se oponía el poder de las masas campesinas (con sus organismos autónomos) al poder de las clase dominante y sus instituciones estatales. Detrás de esta caracterización se situaba una estrategia política: la necesidad de la preparación de una insurrección armada de las masas campesinas, en alianza con los demás sectores populares, que pudiese derrocar el poder de la clase dominante e instaurar su propio dominio. Y este análisis no varió con el aplastamiento represivo del FIR-POR ni con el triunfo del golpe militar.

La cita de Blanco con la que presentamos este texto ilustra muy bien esta caracterización a la que hacemos referencia. No estamos en condiciones de corroborar el grado de veracidad que contienen las afirmaciones de Blanco. Lo que nos interesa aquí es señalar cual era la visión que éste tenía de lo que estaba ocurriendo en las sierras peruanas. Según el dirigente trotskista lo que estaba definiendo al levantamiento campesino eran los siguientes elementos: apropiación de las tierras de los latifundistas por parte de los sindicatos agrarios; repartimiento de estas tierras entre los campesinos; “expropiación” de diversos bienes de los hacendados; reemplazo de las autoridades estatales por otras instituidas por el movimiento campesino, que pasaban a desempeñar diversas funciones judiciales, administrativas y educativas; y organización de milicias campesinas.

Con estos otros ejemplos recordaría Hugo Blanco su creencia de la existencia de un “doble poder” en la región: “Ya que éramos trotskistas, no nos fue difícil comprender que se estaba desarrollando un proceso de Poder Dual y que era nuestra obligación hacer que las masas tomaran conciencia de ello [...] Así no nos cansábamos de explicar que las Asambleas eran nuestro ‘Parlamento’, contrapuesto al parlamento burgués en cuya elección ni siquiera había participado el campesinado, ya que, por ser analfabeto, en su gran mayoría no votaba. Explicábamos, por lo tanto, que el cumplimiento de las ‘leyes’ dadas por nuestro ‘Parlamento’ estaba supeditado sólo a la fuerza que tuviésemos, no a su ‘legalidad’ [...] La Junta Militar, en 1962, prohibió a escala nacional los desfiles militar y escolar que se realizan cada año durante las ‘fiestas patrias’. En Chaupimayo realizamos ambas ceremonias con todas las formalidades del caso; explicando en los discursos alusivos que, en realidad, era el verdadero ejército peruano el único que estaba desfilando en esa fecha, y que, aunque nuestra ‘Brigada Sindical de Defensa’ era muy débil, constituía el embrión de lo que en el futuro sería el ejército del pueblo, el ejército de obreros y campesinos, el auténtico ejército peruano. En la escuela nocturna que funcionaba en la última etapa de Chaupimayo [...] se explicaba: Cámara de Diputados y Senadores: Conjunto de sirvientes de los gamonales y capitalistas puestos por ellos para dar leyes que mantengan la explotación de los pobres por los ricos [...] Por el estilo era todo el curso de ‘Educación Cívica’, ‘Historia’, etc. [...] Disuelto el concepto de gobernantes y gobernados en la humana unidad de la Asamblea, donde la opinión minúscula adquiere proporciones gigantescas como átomo inseparable de una inteligencia potente, grande, colectiva.”⁶⁸

68. Blanco: *op. cit.*, p.47-58.

Con el tiempo, sin embargo, los dirigentes del levantamiento campesino comenzaron a observar sus debilidades. Un hecho aparecía como decisivo: Hugo Blanco y sus compañeros que encabezaban la lucha en La Convención y Lares estaban aislados del resto del Perú. El levantamiento aparecía desvinculado de los otros que se daban en la zona andina: por un lado, porque éstos se producían sobre una estructura social y un tipo de tenencia de la tierra muy distintos al de La Convención; por otro lado, pues muchas de estas luchas campesinas eran dirigidas por organizaciones controladas por el comunismo (o, en menor medida, el aprismo) que no tenía ningún interés en solidarizarse con un movimiento liderado por los trotskistas. Otro motivo de debilitamiento del proceso encabezado por Blanco era que la única organización política que lo apoyaba, el FIR-POR, ya había sido casi totalmente deshecha por la represión del gobierno militar en Lima, Arequipa y ahora también en Cuzco. Este aislamiento político y social fue descripto así por el propio Blanco: “Este fue el grado más elevado del ascenso campesino, con varios gamonales expulsados de la zona y sus bienes confiscados por el campesinado. Sin embargo, el movimiento campesino de La Convención y Lares estaba aislado, aun incluyendo al resto del departamento como su retaguardia. Por otra parte, ni siquiera en la zona se contaba con un aparato partidario mínimo. Las direcciones sindicales, por su amplitud y complejidad, aun en los mejores momentos, no podían sustituirlo. Por falta de partido o de otro organismo que por lo menos en esta tarea lo sustituyera, la organización de las milicias no era sólida.”⁶⁹

69. Idem, p.67.

Lo que quizás no veía Blanco era que el aislamiento del movimiento que él lideraba también tenía que ver con la política de concesiones que estaba impulsando el gobierno militar, que aceptaba discursiva y simbólicamente muchos de los reclamos campesinos. Como sostiene Hobsbawm: “El movimiento llegó a su punto culminante en los últimos meses de 1962. En efecto, después de la ocupación general de tierras de La Convención, la victoria de los campesinos fue tácitamente aceptada por las autoridades, que ahora se concentraron en la persecución de los grupos armados de Blanco [...] y en evitar que el movimiento campesino ganase terreno en el resto de la región, mucho más densamente poblado y en una situación harto más explosiva.”⁷⁰ Los esfuerzos por solucionar esa situación de aislamiento político desde el exterior del país tampoco dieron resultado. La organización argentina Palabra Obrera, que desde julio de 1962 se había trazado como tarea principal el apoyo al levantamiento campesino peruano, envió a Cuba a uno de sus dirigentes de mayor peso, el “Vasco” Bengochea. El objetivo era requerir ayuda material del régimen castrista que impidiese que Hugo Blanco fuese cercado por las fuerzas represivas. Pero esa ayuda no llegó de manera eficaz.

La derrota de Hugo Blanco y del movimiento campesino de La Convención

Luego del “desastre de Miraflores” el cerco de las fuerzas policiales y militares sobre Blanco y los campesinos de La Convención se fue estrechando, en el marco de una política represiva global que implementaba el gobierno castrense. En

70. E.Hobsbawm: *op. cit.*, p.291.

una redada del 5 de enero de 1963, “más de dos mil dirigentes y militantes de izquierda y del FIR en general, fueron detenidos.”⁷¹ Ya a partir de agosto de 1962 Blanco y un grupo de militantes de lo que quedaba de su organización, aislados y desesperados, habían decidido constituir un grupo guerrillero. El dirigente trotskista siempre fundamentó esta decisión en la necesidad de defenderse de la represión militar que sufría en ese entonces. Como recordará el mismo Blanco, a partir del asalto al banco: “Sucedió lo que era de prever. Una fuerte represión contra nosotros que causó el derrumbe de todo (FIR del Cuzco, FIR nacional, equipo expropiador, equipo militar) menos lo único sólido que había: el movimiento campesino. Aunque debido a la protección de éste no pudieron encarcelarme, mi acción quedó muy limitada [...] Fue precisamente el aislamiento el que nos obligó a convertirnos de milicia en guerrilla [...] El enemigo no esperó más, inició su ofensiva contando con todas las ventajas [...] La escalada represiva comprendía encarcelamiento de dirigentes, instalación de puestos de la guardia civil en las zonas más combativas [...] A Chaupimayo no lo tocaban, pero todos sabíamos que iba a ser el último y el más feroz paso de la escalada represiva [...] Había que elegir entre dejarse aplastar en frío o caer combatiendo [...] Optamos por lo segundo, no por romanticismo sino por un criterio político [...] El motivo inmediato para el paso de la milicia a la guerrilla fue el brutal atropello cometido por el dueño de la hacienda Qayara acompañado de guardias civiles contra el hogar de Tiburcio Bolaños, secretario general del sindicato de la hacienda: saquearon su

71. Añi Castillo: *op. cit.*, p.125.

casa, llevándose dinero y enseres, maltratando a sus familiares. El hacendado en presencia de los guardias, puso el cañón en el pecho de un niño, amenazándole con disparar si no decía dónde se encontraba Bolaños; el niño ignoraba su paradero. El hacendado puso el cañón sobre el brazo del niño y disparó [...] Esta noticia llegó casi simultáneamente con la del acentuamiento de la represión en el resto de La Convención y Lares y el de la matanza del mitin del Cuzco en que murió Remigio Huamán.”⁷²

A partir de estos hechos se convocó a una asamblea de Chaupimayo, ampliada con otros sindicatos. En ella se resolvió enviar una comisión a Qayara, no sólo autorizada a portar armas, tal como se estilaba en casos así, sino a “*hacer uso de ellas si fuese necesario*”. Y se nombró al “prófugo” Hugo Blanco como encargado de la Comisión. “Partimos armados y con el equipo guerrillero a la espalda. No llegamos a Qayara. Ante la tonta actitud de los dos policías del puesto de Pujiura, acostumbrados a que ‘el indio no dispara’, nos vimos obligados a tener nuestro primer choque armado, como resultado del cual cayó un policía. (Resultó ser uno de los que cometió el atropello de Qayara).”⁷³ El enfrentamiento en el Puesto de la Guardia Civil de Pujiura, el 13 de noviembre de 1962, obligó a la comisión a modificar su itinerario, pero no abandonó la relación con los campesinos; atravesó valles y cerros de zonas sindicalizadas y otras en las que realizaron asambleas, impulsó ocupaciones y llamó a aplicar el ‘Decreto de la Reforma Agraria de la Federación Provincial de Sindicatos Campesinos’. La comisión armada estaba

72. Blanco: *op.cit.*, pp. 29, 30, 67 y siguientes.

73. Idem, pp.69 y 70.

integrada por altos dirigentes de los sindicatos campesinos. Según Blanco el apoyo del campesinado era casi absoluto, y lo describía como algo emocionante: “Nos alimentaba, nos vestía, nos guiaba, nos protegía [...] Como nuestro estómago y nuestra mochila tenían capacidad limitada, recibíamos un poco de cada uno, para que nadie se sintiera ofendido [...] Cualquier alusión a un ‘pago’ hubiese sido un insulto [...] Hubiese sido un grave error político sugerir ‘pago’.”⁷⁴

Hugo Blanco continuó, errante, con su destacamento “armado” (en verdad con muy pocas armas de guerra) recorriendo las zonas campesinas y firmando, como “Secretario de Reforma Agraria de la Federación Departamental”, las disposiciones aprobadas por las asambleas campesinas. La guerrilla tuvo dos enfrentamientos armados más. En uno de ellos cayeron dos policías; en el otro, los guerrilleros fueron dispersados. Según cuenta Blanco, también se dieron acciones aisladas de sabotaje por parte de campesinos. Finalmente, el 30 de mayo de 1963, aislado luego de la dispersión, Hugo Blanco fue localizado (desarmado, enfermo, hambriento y casi desnudo) y capturado por una partida policial, salvándose de ser asesinado por una discusión entre los perseguidores que no se pusieron de acuerdo en matarlo. Todos los colaboradores de Blanco fueron detenidos en los días siguientes. En un helicóptero de la Fuerza Aérea Peruana los nuevos prisioneros fueron trasladado al Cuartel Gamarra y, luego, al penal de Arequipa. El que había sido el hombre más buscado del Perú sólo contaba entonces con 29 años de edad.

Un problema importante se le presentó de allí en más al movimiento campesino en su derrota: Hugo Blanco y otros

74. Idem, p.74.

dirigentes del alzamiento cuzqueño (y de los hechos de Miraflores) fueron sometidos a juicio. En Tacna una Consejo de Guerra pidió la pena de muerte para Blanco. Se inició entonces una campaña para salvar su vida y obtener la libertad de todos los detenidos. Esa campaña, que se extendió durante varios años, rápidamente adquirió un carácter internacional. En Perú, la encabezó los restos del POR-FIR; fuera de él la organización argentina Palabra Obrera (y luego su continuadora, el PRT) y las fuerzas del Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional. La campaña también fue impulsada a nivel mundial por diversas organizaciones campesinas, sindicales, políticas y de derechos humanos, y por una serie de destacados intelectuales. En Argentina, la lista de organizaciones y figuras que apoyaron el reclamo incluye desde la CGT y muchos sindicatos a toda la izquierda argentina, centros y agrupaciones estudiantiles, intelectuales, políticos, peridistas y artistas de entonces, en una gama tan diversa como pueden ser John William Cooke o Bernardo Neustadt. Numerosas organizaciones chilenas (agrupaciones campesinas, dirigentes de la CUT y el PS), cerca de cuatrocientos profesores universitarios estadounidenses, e intelectuales o artistas del prestigio de Bertrand Russell, Simone de Beauvoir, Arthur Adamov o Alain Resnais, entre muchos otros, adhirieron al reclamo. Uno de los apoyos más significativos fue el que tuvo del escritor francés Jean-Paul Sartre, mencionado al comienzo de nuestro texto; el filósofo existencialista recordaba que no sólo en Indochina se estaba luchando por un mundo mejor, y tomó a Hugo Blanco como ejemplo, pidiéndoles que se sumaran al reclamo por su vida y su libertad. Un editorial de *Le Monde* el 7 de diciembre de 1966 se pronunció en el mismo

sentido.⁷⁵ Al mismo tiempo, se intentó la defensa legal de los detenidos ante los tribunales.

Finalmente, en Lima, en setiembre de 1966, concluyó el memorable juicio que se les siguió a Blanco y a sus compañeros en el Consejo Supremo de Justicia Militar. Las arengas de Blanco en esa oportunidad recorrieron los diarios de todo el mundo: “Si las conquistas logradas para el campesinado mediante nuestra lucha, si la abolición del gamonalismo de la Convención, si el avance de la Revolución Peruana merece la pena de muerte, ¡que se me aplique! Si lo que esperan los reaccionarios es que yo o mi pueblo solicitemos clemencia, están locos. ¡Jamás lo haremos! Se puede asesinar a los revolucionarios pero no a la revolución.”⁷⁶ El jurado optó entonces por conmutar la pena de muerte que pesaba sobre él y la reemplazó por la de 25 años de prisión.⁷⁷ En tanto, en agosto de 1967, se logró la liberación del argentino Pereyra. Después de siete años de cárcel en la isla-penal de El Frontón, Blanco obtuvo, a fines de 1970, una amnistía. Igualmente, se lo expulsó

75. Todos los datos de la campaña los hemos podido reconstruir a partir del análisis de las colecciones de los periódicos *Palabra Obrera* (de la organización homónima) y *La Verdad* (órgano del PRT). No hay prácticamente un número de esa prensa que no contenga llamados, notas o exigencias por la libertad tanto de Blanco y de los dirigentes campesinos, como la de Pereyra, Martorell y de los demás argentinos presos en Perú. En ellos, en todo momento se reivindica su carácter de “luchadores revolucionarios”, sin dejar por eso de marcar las diferencias políticas con el proceder “putschista” de Pereyra y sus compañeros: “Se discrepe o no con el método, es un hecho incontrovertible que el grupo estaba dirigido por dos de las más heroicas figuras del movimiento obrero revolucionario latinoamericano: Daniel Pereyra y José Martorell. La discusión sobre la justedad o no de la táctica empleada es asunto nuestro, de los revolucionarios.” En *La Verdad* N° 53, 15 de agosto de 1966, p. 32

76. Citado en Villanueva: *op. cit.*, p.167-168

77. Un pormenorizado relato de ese juicio, especialmente de los vehementes alegatos de Blanco, se hallan en las obras ya citadas de Añi Castillo y Villanueva (*Hugo Blanco...*, *op. cit.*)

del Perú, ya que el gobierno militar de Velazco Alvarado lo consideraba un peligro para su política orientada a desmontar las movilizaciones campesinas y anular a la izquierda revolucionaria peruana. Por casi diez años vivió exiliado en México y regresó luego al Perú. En 1980 obtuvo un importante respaldo en las elecciones de 1980 al frente de una lista de izquierda. Parecía que aquel joven rebelde que se pusiera al frente de una lucha agraria de masas, aún continuaba siendo una figura memorable para los campesinos cuzqueños y demás sectores populares.

Tras el encarcelamiento de Blanco: una resistencia campesina que no cesa

Luego de la detención de Blanco y de los principales dirigentes campesinos de La Convención en mayo de 1963, el levantamiento agrario parecía momentáneamente detenido. El gobierno militar mostró cierto éxito en la disipación de la agitación campesina. Con medidas militares se fue disolviendo el movimiento, allí donde la organización era débil, como así también en aquellas regiones donde la combinación era potencialmente más explosiva. Por ejemplo, en los Andes Centrales, particularmente en la zona del Cerro de Pasco, la represión fue brutal. En el departamento del Cuzco, en cambio, la represión se combinó con medidas reformistas, que llevaron al reconocimiento de las ocupaciones de tierras efectuadas, con el objetivo de desarticular la movilización campesina.

En la desactivación coyuntural del movimiento campesino intervino otro elemento: la nueva coyuntura electoral abierta en el país. En efecto, en junio de 1963 el ejército se vio obligado a realizar las nuevas elecciones presidenciales, tal como

había prometido. Para satisfacción de las Fuerzas Armadas, el APRA salió segundo, con el 34% de los sufragios. En estos comicios los partidos reformistas se aliaron y llevaron al candidato ideal para el ejército, el diario *El Comercio* y la Iglesia: Belaúnde Terry; “su plataforma era la de ejecutar reformas, pero llevadas a cabo técnica y gradualmente, administradas por el estado, sin que las masas populares tomaran la iniciativa.”⁷⁸ La subida al gobierno de Belaúnde, en julio, generó amplias expectativas en los sectores populares. Es que, como sostiene Halperín Donghi: “[a esta] candidatura se plegaron tanto el Partido Demócrata Cristiano como casi todos los movimientos ubicados a la izquierda del APRA. Su programa –que recogía muy deliberadamente ecos del lenguaje preferido por la Alianza para el Progreso– incluía una promesa de integración física de la sierra y la montaña y la de llevar adelante la reforma agraria.”⁷⁹ Finalmente, esa reforma agraria no llegaría a buen puerto: por un lado, el proyecto sufriría brutales mutilaciones durante su penoso trámite parlamentario; por el otro, el gobierno pondría escaso empeño en impulsarlo. De esta manera, las propuestas de reforma agraria que Belaúnde agitara en su campaña electoral sólo fueron parte de una estrategia de contención del malestar campesino sin mayores aspiraciones de ser verdaderamente concretadas: para 1968 sólo 2.625 familias habían recibido realmente tierra en Perú, en general de mala calidad.⁸⁰ El gobierno terminó haciendo hincapié en la mejora técnica de la producción agraria y no en la distribución de la tierra, con la aparente esperanza de que los hacendados aumentaran su producción.

78. Julio Cotler, p.400.

79. T.Halperín Donghi: *op. cit.*, p.599.

80. Cifras extraídas de G. de la Peña: *op. cit.*, p.260.

El fracaso de la “reforma agraria” belaundista no hizo más que retornar la ira campesina. Nuevamente, hacia 1964, en diversas regiones de los Andes Centrales, miles de campesinos comenzaron un proceso de invasión de haciendas, apoderándose tanto de las tierras cultivadas como de los campos en barbecho. La situación parecía volver a repetir la experiencia ocurrida unos años o meses antes: “los movimientos campesinos arreciaron en la Sierra y los disidentes del APRA trataron de apoyarse en ellos para lanzarse a la insurrección que habían venido predicando. El gobierno se decidió a afrontar la protesta serrana mediante una durísima represión, para la cual fue preciso recurrir al ejército regular.”⁸¹ Pero a esta reactualización de la agitación campesina se sumaba un nuevo elemento: un sector del activismo de izquierda urbano se lanzó de lleno a la experiencia “foquista”, abriendo “frentes guerrilleros” en los Andes Centrales. Nuevamente, el modelo castroista volvía a reflejar su influencia. El principal impulsor de dicha acción fue Luis de la Puente Uceda, un aprista disidente que, como habíamos mencionado anteriormente, organizó el MIR. El líder e ideólogo del MIR había intentado un acuerdo, sin éxito, con el propio Hugo Blanco en La Convención. Al poco tiempo, encontró un aliado en el ELN (un sector que se había escindido del PCP en 1962). De este modo, el MIR y el ELN se lanzaron en 1964 a una experiencia de “guerra de guerrillas” en las escarpadas montañas de La Convención. “Tenían poca preparación. Un enorme abismo cultural y lingüístico los separaba del campesinado y tenían escaso conocimiento de las condiciones de vida en las zonas rurales, y mucho menos un programa capaz de granjearles el apoyo de

81. T. Halperín Donghi: *op. cit.*, p.599.

los campesinos.”⁸² Las consecuencias de todo esto es que los guerrilleros encontrarían pocos simpatizantes para su causa y, finalmente, en 1965, serían aplastados por las Fuerzas Armadas, muriendo su propio líder, De la Puente. Así, gracias a la intervención del ejército regular, Belaúnde, finalmente, logró aplastar tanto la agitación campesina como la insurgencia guerrillera. El resultado de estas operaciones de represión arrojaba cifras escalofriantes para 1966: 8.000 campesinos muertos, 19.000 sin hogar y 3.500 encarcelados; 14.000 hectáreas de tierra destruidas por el fuego y el napalm.⁸³

La irresolución del problema agrario, expresada en el cotejo de las escualidas cifras de tierras repartidas a los campesinos frente a los abultados números de muertos por reclamarlas, estaría entre las principales preocupaciones de la agenda del nuevo régimen militar reformista encabezado por Velasco Alvarado desde octubre de 1968. En algún sentido, esa nueva política populista que se comenzaba a poner en práctica entonces representaba, entre otras cosas, un intento de poner fin a las convulsiones sociales y políticas iniciadas diez años antes con las movilizaciones campesinas cuzqueñas.

Reflexiones finales

El retorno de la agitación campesina entre 1963–1966 evidencia que el movimiento dirigido por Hugo Blanco en los años anteriores no hizo más que responder a un fenómeno de descontento agrario estructural y coyuntural que tuvo una gravitación real e independiente del liderazgo que éste representó.

82. Alan Angell: “La izquierda en...”, *op. cit.*, p.105.

83. Cifras extraídas de T.E. Skidmore y P.H. Smith: *op.cit.*, p.232.

Es posible hipotetizar sobre la inevitabilidad de este estallido, más allá de las acciones de dirección emprendidas por Blanco, dada la recurrencia posterior del levantamiento campesino y la diversidad de formas que adoptó.

Una de las conclusiones que emergen de este estudio del levantamiento campesino ocurrido en la zona cuzqueña entre 1961-1963 es que en ese proceso se evidenció un alto grado de aislamiento, el que finalmente lo condujo a su derrota y aplastamiento. Dicho aislamiento tuvo un carácter doble: social y político. El primer aspecto está vinculado a los peculiares rasgos geográficos, económicos y sociales que poseían el territorio de La Convención y de Lares: allí las condiciones agrarias eran excepcionales pues la mano de obra escaseaba y las grandes fincas estaban en su mayor parte desocupadas. Las condiciones eran muy diferentes en el resto del Perú. Eso explica que el movimiento no se hubiera propagado y que los terratenientes y el gobierno toleraran, durante algún tiempo, las ocupaciones de tierra llevadas a cabo por los campesinos. Junto a esto hay que señalar la imposibilidad que presentó el movimiento agrario cuzqueño por articular una alianza con otras clases subalternas, especialmente con la clase obrera, no tanto la serrana, que era escasa, sino la de la zona costera, que era relativamente numerosa y poseía un alto nivel de organización que hubiera sido muy útil en tareas de apoyo al movimiento campesino. No parece, sin embargo, haber partido de esos sectores laborales respaldos concretos a las acciones campesinas del Cuzco.

El segundo aspecto del aislamiento que sufrió el movimiento campesino tiene que ver con la soledad política en la que actuó la dirección trotskista de Hugo Blanco y su gente. El trotskismo peruano era una corriente extremadamente marginal, escasamente implantada entre los sectores sociales

subalternos y casi sin vinculación (o amargamente enfrentada, incluso) al resto de las fuerzas políticas de izquierda. Casi el único patrocinio con que contó la corriente trotskista de Blanco fue la de sus compañeros argentinos y latinoamericanos del SLATO. Pero este apoyo, como hemos visto, en tanto derivó hacia acciones “putschistas” o guerrilleras, no hizo más que contribuir a aumentar el nivel de aislamiento del grupo de Blanco y someterlo a un mayor grado de exposición frente a las fuerzas represivas del Estado. Por otra parte, las tareas de orientación del levantamiento recayó casi exclusivamente, de forma incluso paternal, en la figura de Blanco. Para darnos una idea del alcance que tuvo esta autoridad, tengamos en cuenta que muchos campesinos, cuando ocupaban la tierra, acudían a Hugo Blanco para que les diera los títulos de propiedad... Por otra parte, no es casual que, tras la detención de este dirigente, el movimiento campesino pudo ser controlado y no surgió un liderazgo de recambio.

Finalmente, no dejan de ser útiles las conclusiones que arroja el balance del cruce de estrategias y discusiones que se produjeron al interior del movimiento trotskista al que pertenecía Blanco, problemática que, creemos, había sido casi ignorada hasta este estudio. De conjunto, parecen haber existido dos orientaciones estratégicas en aquella tendencia política. Una se orientaba hacia la necesidad de profundizar la lucha campesina por la ocupación de tierras (que incluía la defensa armada de esas acciones) en una vía insurreccional, intentando dotar al proceso de un contenido socialista. La otra era la vía “putschista”, la que tenía como orientación ir dando golpes político-militares sorpresivos, por parte de un puñado de “heroes”, pretendiendo reemplazar con su impaciencia las acciones de las masas. La aplicación de esta línea por un

grupo de miembros del partido que apoyaba a Blanco fue la que contribuyó a una mayor soledad y persecución militar a éste. El propio Blanco parece haberse debatido entre ambas concepciones, pero creemos que en la mayor parte del tiempo se guió por la primera de ellas. La segunda concepción fue la que tiempo después retomaron las guerrillas peruanas y tantas otras experiencias que en los años sesenta y setenta sacudirían a Latinoamérica. Comenzaba a imperar entonces el modelo castrista, la táctica foquista y la “guerra de guerrillas”, en donde tantos “grupos de vanguardia” actuarían en nombre y representación de las masas. En el levantamiento campesino de La Convención aparecen prefiguradas todas estas discusiones y acciones, que presagiaban un futuro tormentoso.

BIBLIOGRAFIA Y FUENTES CITADAS

- Alan Angell: "La izquierda en América Latina desde c. 1920", en Leslie Bethell (ed.): *Historia de América Latina* (vol. 12: "Política y sociedad desde 1930"). Barcelona, Crítica, 1997.
- Gonzalo Añi Castillo: *Historia secreta de las guerrillas*. Lima, Ediciones "Mas Allá", 1967.
- Carlos A. Astiz: *Pressure groups and power elites in peruvian politics*. Ithaca, New York, Cornell University Press, 1969.
- Héctor Béjar Rivera: *Perú 1965: apuntes sobre una experiencia guerrillera*. Montevideo, Editorial Sandino, Premio Casa de las Américas, 1969.
- Hugo Blanco: *Tierra o Muerte. Las luchas campesinas en Perú*. México, Siglo XXI, 1972. Edición en inglés: *Land or Death. The peasant struggle in Peru*. New York, Pathfinder Press, 1972.
- François Bourricaud: *Poder y sociedad en el Perú contemporáneo*. Buenos Aires, Sur, 1967.
- José María Caballero: *Agricultura, reforma agraria y pobreza campesina*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1980.
- Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola (CIDA) –formado por FAO, OEA, BID, CEPAL y IICA–: *Tenencia de la tierra y desarrollo socio-económico del sector agrícola: Perú*. Washington, Unión Panamericana, Secretaría General de la OEA, 1966.
- Osvaldo Coggiola: *Historia del trotskismo argentino (1929–1960)*. Buenos Aires, CEAL, 1985 y *El Trotskismo en la Argentina (1960–1985)*, 2 vols. Buenos Aires, CEAL, 1986.
- Felipe Cossio de Pomar: *Víctor Raúl, biografía de Haya de la Torre*, 2 tomos. México, Cultura, 1961, 1969.
- Julio Cotler: *La mecánica de la dominación interna y del cambio social en el Perú*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1967.
- Julio Cotler: "Perú, estado oligárquico y reformismo militar", en Pablo González Casanova (coord.): *América Latina: Historia de medio siglo* (vol. 1, "América del Sur"). México, Siglo XXI, 1986.
- Wesley W. Craig: *El movimiento campesino en La Convención, Perú. La dinámica de una organización campesina*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1968.
- Guillermo de la Peña: "Las movilizaciones rurales en América Latina desde c. 1920", en Leslie Bethell (ed.): *op. cit.*
- Henry F. Dobyns y Mario C. Vazquez (eds): *Migración e integración en el Perú*. Lima, Estudios Andinos, 1963.
- Henri Favre, Claude Collin-Delavaud y José Matos Mar: *La hacienda en el Perú*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1967.
- Ismael Frias: *La revolución peruana*. Lima, Ediciones POR(T), 1963.
- Adolfo Gilly: "Los sindicatos guerrilleros del Perú", en *Marcha*, Montevideo, agosto de 1963.

- Ernesto González (coord.): *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*. (4 vols.) Buenos Aires, Antídoto, 1995, 1996 y 1999.
- Tulio Halperín Donghi: *Historia contemporánea de América latina*. Madrid, Alianza Editorial, 1998.
- Howard Handeman: *Luchas campesinas en los Andes*. Lima, Cuadernos del Taller de Investigación Rural, Universidad Católica del Perú, 1980.
- Víctor Raúl Haya de la Torre: *El antiimperialismo y el APRA* [3ª edición]. Lima, Amauta, 1970.
- Eric J. Hobsbawm: "Un movimiento campesino en el Perú", en *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Barcelona, Ariel, 1974, (1ª ed. 1978).
- Harry Kantor: *El movimiento aprista peruano*. Buenos Aires, Pleamar, 1964.
- Wilfredo Kapsoli: *Los movimientos campesinos en el Perú, 1879–1965*. Lima, Delva Editores, 1977.
- Carlos Malpica: *Crónica del hambre en el Perú*. Lima, Francisco Moncloa editores, 1966.
- Carlos Malpica: *Los dueños del Perú*. Lima, Ediciones Peisa, 1973 (1ª ed. 1964).
- José Carlos Mariátegui: *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* [13ª edición]. Lima, Biblioteca Amauta, 1968.
- Nahuel Moreno:
 Perú: dos estrategias. 1964
 Dos métodos ante la revolución latinoamericana (polémica con Guevara [1964])
 www.nahuelmoreno.org
- Hugo Neira: *Andes, tierra y muerte*. Madrid, Editorial ZYX, 1968 [1ª ed. 1964].
- Daniel Pereyra: *Del Moncada a Chiapas. Historia de la lucha armada en América Latina*, 2ª ed. Madrid, Los libros de la Catarata, 1995.
- Fredrick B. Pike: *The modern history of Peru*. New York, Praeger, 1967.
- Anibal Quijano Obregón: *Nacionalismo, neoimperialismo y militarismo en el Perú*. Buenos Aires, Ediciones periferia, 1971.
- Augusto y Sebastián Salazar Bondy, Virgilio Roel Pineda y José Matos Mar: *La encrucijada del Perú*. Montevideo, Arca, 1963.
- Thomas E. Skidmore y Peter H. Smith: *Historia contemporánea de América Latina*. Barcelona, Crítica, 1996.
- Denis Sulmont: *El movimiento obrero peruano (1890–1980)*. Lima, Tarea, 1985.
- Rosemary Thorp y Geoffrey Bertram: *Industrialización en una economía abierta: el caso del Perú en el período 1890–1940*. Serie Documentos de Trabajo N° 23. CISEPA, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1974.
- Andrés Townsend Ezcurra: "El Partido Aprista y las elecciones generales de 1962", en *Cuadernos*, revista mensual del Congreso por la Libertad de la Cultura, N° 57, París, febrero 1962.
- Mariano Valderrama L.: "Historia política del movimiento campesino peruano en el siglo XX", en Pablo González Casanova (coord.): *Historia política de los campesinos latinoamericanos* (vol.3). México, Siglo XXI, 1985.

Víctor Villanueva: *Hugo Blanco y la rebelión campesina*. Lima, Juan Mejía Baca, 1967.

Víctor Villanueva: *Nueva mentalidad militar en Perú*. Buenos Aires, Replanteo, 1969.

Víctor Villanueva: *El militarismo en el Perú*. Lima, T.Scheuch, 1962.

FUENTES:

- “Proyecto de Informe Latinoamericano de Actividades”, en el *Boletín Palabra Obrera* N°1, Buenos Aires, enero de 1963.
- Resoluciones adoptadas por la Conferencia del SLATO, Lima, citadas en el “Proyecto de informe latinoamericano de actividades”, enero de 1963.
- Carta de Nahuel Moreno de abril de 1961, en *Perú: dos estrategias*, Buenos Aires, 1964.
- Carta de Nahuel Moreno a Daniel Pereyra, enero de 1962, en *Perú: dos estrategias*, Buenos Aires, 1964.
- Carta de Nahuel Moreno a Daniel Pereyra, diciembre de 1962, en Carpeta “Correspondencia Moreno-Pereyra”.
- Periódicos *Bandera Roja*, *Palabra Obrera* y *La Verdad*.